

ANALES

DEL

1892

INSTITUTO FISICO-GEOGRAFICO NACIONAL DE COSTA RICA

Tomo V. 1892.

H. PITTIER,

Director del Instituto y Jefe del servicio geográfico.

P. REITZ,

Jefe del servicio meteorológico.

AD. TONDUZ,

Jefe del servicio hidrográfico.

San José de Costa Rica A. C.

Tip. Nacional.

1895.

La ribera derecha del río San Juan

POR ALEJANDRO DE FRANTZIUS

(1862)

(Traducido de los 'Mitteilungen' de Petermann, t. VIII 1862 y anotado por P. Biolley)

I

Historia de los viajes de descubrimiento entre la cordillera volcánica de Costa Rica y el río San Juan

La parte setentrional de la República de Costa Rica, situada á lo largo del río San Juan y limitada al sur por la cordillera volcánica, es del todo *terra incognita*, lo mismo que la parte meridional, más extensa todavía. *) En efecto, sólo la pequeña faja de terreno que comprende el valle del Río Grande y la meseta de Cartago, contiene la totalidad de la población del país, la cual asciende á cerca de 180,000 habitantes. **) El animado tráfico que se ha emprendido por el río

San Juan, desde hace casi 15 años, como consecuencia del descubrimiento de las minas de oro de California, no ha traído por resultado el hacer conocer mejor el territorio costarricense situado en su ribera derecha. Empero, algunos particulares de Costa Rica se han esforzado por encontrar un medio de llegar á aquel camino de tránsito tan deseado, y han tratado de descubrir vías de comunicación convenientes desde el interior del país hacia el norte.

*) Desde hace 30 años que el artículo del Dr. Frantzius vió la luz pública, la parte setentrional de Costa Rica ha sido explorada principalmente por el Señor Obispo de Costa Rica, Mgr. B. A. Thiel, acompañado por don León Fernández, en la parte correspondiente á las cuencas de los ríos Frío y San Carlos. (Vid. Coll. de Doc. para la Hist. de Costa Rica, publ. por don León Fernández. Tomo III. Nota, pág. 309—325.) Los estudios preliminares para la construcción proyectada de un ferrocarril al norte, han arrojado también bastante luz sobre ciertas regiones, la cuenca del río Sarapiquí y sus afluentes principalmente, pero estos trabajos privados no han sido generalmente puestos al alcance del gran público.

Existe un informe del Dr. W. M. Gabb sobre el territorio de Talamanca que visitó en 1873 y 74, pero se publica hoy día solamente esta obra importante y los mejores datos públicos que poseíamos antes sobre esta región se debían también á Mgr. B. A. Thiel que ha publicado ó mandado hacer relaciones de sus diferentes visitas á los indígenas. (Vid. Doc. para la Hist. de Costa Rica. Tom. III. Nota, pág. 334—339. y varios artículos de periódico.)

Por lo que se refiere, en fin, á la región propiamente meridional (Valle del Diquís ó Río Grande de Térraba) las exploraciones del señor don H. Pittier, Director del Instituto físico-geográfico, cuyos resultados se han publicado por parte en los tomos anteriores de los Anales, pueden considerarse como que han esclarecido definitivamente la gran mayoría de los puntos que se refieren á la geografía, etnografía é historia natural de esta comarca.

Ningún punto del territorio de la República—con excepción talvez del interior de la península de Nicoya—puede hoy llamarse del todo *terra incognita*.

**) La población actual de Costa Rica, según el censo levantado en 1891, es de 262,661 habitantes.

El objeto de este trabajo es mostrar cuán grandes fueron los esfuerzos de estos pocos individuos perspicaces para alcanzar su fin, qué poca energía desplegó el Gobierno de Costa Rica en un asunto tan importante y en relación con el bien del país entero, y hasta qué límite nuestros conocimientos sobre esta parte de Costa Rica, no obstante ello, han podido extenderse.

A Costa Rica le han faltado en todo tiempo elementos de desarrollo, tanto en lo que se refiere á los habitantes como á los productos del suelo. Por esto es que el país no ha podido nunca progresar verdaderamente, á diferencia de otras colonias españolas. Como prueba de los pocos adelantos que hizo bajo el sistema colonial, podemos citar el hecho significativo de que la misma pequeña parte del país que se halla hoy día habitada por una población civilizada, era predominante ya en tiempo de los españoles. Al principio, la administración de los Gobernadores no se extendió sino sobre la meseta de Cartago y el valle del Río Grande, junto con las provincias de Nicoya y Guanacaste. Se llegó de vez en cuando á tener algún contacto con las tribus de indios viviendo más al Sur, por medio de los misioneros de la fe, ó emprendiendo contra ellos alguna expedición militar, para obligarles á traficar ó para castigar á los rebeldes.

En el origen fué, como en todas partes, únicamente la ri-

queza en oro de algunas minas de la costa meridional. La que determinó á algunos aventureros á tomar posesión de este país para la corona de España y á darle el nombre que lleva hoy todavía. Pero cuando se produjeron los imprevistos y repetidos ataques de los filibusteros, en el siglo XVII, y tomó un carácter hostil la conducta de los indios de Talamanca, que molestaron á los pocos colonos españoles en el cobro de las rentas de las minas de oro, comenzado precisamente poco antes, entonces se hundió el país por mucho tiempo en una pobreza profunda y sin ejemplo. Por falta completa de productos propios de su suelo que pudieran servir de artículos de exportación, Costa Rica no pudo desarrollar ningún tráfico.— Además, la población que quedó fué entregada á la avaricia y al egoísmo de los Gobernadores españoles, los cuales, casi sin cuidado de los intereses de sus administrados, disponían y mandaban á discreción, pero no tenían la menor inclinación para mejorar los caminos sumamente malos del interior hacia los puertos. Con tales condiciones, resultó naturalmente que la población cayó poco á poco en el abismo de la mayor ignorancia, y que el pequeño retoño de civilización que había sido trasplantado por algunos de los emigrados españoles, se perdió completamente en el curso del siglo anterior.

La declaración de la independencia de las colonias españolas, proclamada en el año de 1821, no ocasionó para Costa Rica más cambio que el de dar á la antigua colonia el nombre de República y de colocar á la cabeza del Gobierno á un Presidente electo libremente, en lugar del Gobernador español. Pero, en realidad, conserváronse casi todas las instituciones del antiguo sistema colonial opresor, y entre ellas muy especialmente los monopolios del cultivo del tabaco y de la fabricación del aguardiente, por cuyo medio quedaron suprimidos dos de los manantiales de renta más importantes para el movimiento comercial. De muy poca importancia fué la abolición de la esclavitud, puesto que la condición de los esclavos no era de ningún modo pesada y que su número en el país apenas alcanzaba cien individuos. Se debe, sin embargo, á la declaración de independencia una verdadera ventaja y es que, desde este tiempo, el comercio quedó abierto á todas las naciones, mientras que antes no era permitido sino á los españoles introducir mercaderías, que debían consistir principalmente en artículos de la madre patria.⁽¹⁾ Desde entonces llegaron al país mercaderes extranjeros que introdujeron un movimiento comercial enteramente nuevo,⁽²⁾ el cual habría podido ser todavía mucho más floreciente, si no se le hubiera gravado, de una manera muy poco previsora, con tasas inoportunas y tarifas onerosas, en lugar de aliviar el tráfico. Pero hubo un hecho particularmente favorable para el país, y fué que el Gobernador español Tomás Acosta había, ya desde 1817, trasplantado el café de la Habana á Costa Rica, y que el cultivo de este arbusto había prosperado, desde este tiempo, de tal modo que el café pudo servir como artículo de comercio, ofreciendo, además, brillantes perspectivas para el porvenir.

Como el comercio de Costa Rica había alcanzado de esta manera un desarrollo siempre mayor, se hizo pronto evidente que los dos únicos caminos desde la costa hacia el interior no bastaban ya para las necesidades crecientes: el del puerto de Matina, en el Océano Atlántico, en razón de sus terrenos en parte montañosos y en parte pantanosos, el del puerto de Caldera, en el Pacífico, porque atravesaba una montaña escarpada y, en fin, ambos por el hecho de que no eran practicables para carretas. Desde este tiempo comenzó á pensar en dónde y cómo había de construirse el mejor camino.

Desgraciadamente intervinieron en esta cuestión tantos intereses personales que nunca se llegó á una reunión de todas las fuerzas. A medida que uno ú otro partido político llegaba á ser momentáneamente el más poderoso, se trabajaba en una ú otra dirección, y de este modo se desbarató un capital importante, sin que Costa Rica consiguiera poseer hasta hoy lo que es para ella una cuestión de existencia sumamente

importante, v. gr. un camino de comunicación hacia el Océano Atlántico. Con todos estos desbarajustes obtuvo solamente que el camino hacia el puerto de Puntarenas fuese—y no suficientemente—elevado al rango de camino carretero, de tal modo que es hoy la única vía de comunicación, y que todo el comercio se ha dirigido, de una manera que no es natural, hacia la costa occidental y el Océano Pacífico.*

Como veremos á continuación, esta necesidad tan evidente de una vía comercial hacia un puerto de la costa del Atlántico, fué el pretexto de la exploración de la parte de Costa Rica que nos interesa. Pero merece ciertamente una explicación el hecho de que, después del descubrimiento de terrenos tan propios para tales medios de comunicación, ningún camino se haya construído en un espacio de cerca de 40 años.

Para una población tan reducida que no comprendía más de 180,000 habitantes, no era pequeña tarea la de construir, con sus propias fuerzas, un camino de montañas como se hacía necesario. Hubiera sido menester un gobierno estable, enérgico é ilustrado. En lugar de esto, los presidentes cambiaban cada 4 ó 5 años y además estallaron, de tiempo en tiempo, guerras intestinas y revoluciones, causadas por los celos con que una pequeña ciudad veía los adelantos de otra y trataba de detenerlos. Desgraciadamente no tenemos todavía ninguna razón de esperar que, en un porvenir cercano, se haga más que antes. Un pueblo que ha vegetado tanto tiempo bajo constante yugo, y en el cual han sido suprimidos cuidadosamente todo empeño y todo interés por el bien del Estado, no será pronto capaz de comprender con vista clara la grandeza é importancia de este trabajo y de hacer los sacrificios necesarios, con desprendimiento de todos los provechos personales. Por esto la ejecución de la obra será probablemente abando nada otra vez á los extranjeros.*

Durante dos siglos el pequeño pueblo de Costa Rica vivió así encerrado entre la cordillera volcánica y las montañas de Candelaria situadas al Sur, sin tener idea de tan hermosas comarcas como las que se encontraban del otro lado de aquella cordillera volcánica. Los botes que subían y bajaban por el río San Juan desde siglos no habían hecho nunca, siquiera por curiosidad, una tentativa de penetrar por las desembocaduras de la ribera derecha del Río Frío, del San Carlos y del Sarapiquí y de explorarlos aguas arriba. Allí no se habían reparado nunca trazas de poblaciones indígenas cuyas joyas excitaban, en otros lugares, la sed de oro de los españoles ó cuya huída convidaba á la conquista de su territorio, cuando los mismos indígenas no provocaban esta entrada á mano armada en sus tierras por los ataques repentinos con que desafiaban en todas partes á los conquistadores victoriosos.

Uno de los pedazos más hermosos de Costa Rica quedó, pues, hasta el principio de este siglo, completamente desconocido é inexplorado. Fué solamente con el tiempo, cuando el tráfico entre Costa Rica y el exterior tomó más incremento, que se hizo sentir la necesidad de poseer caminos más cortos y mejores, en lugar de los que existían hasta la fecha, pésimos y muy lejanos.

Expedición de Eusebio Rodríguez al Río

Sucio, 1819.

La historia de las primeras tentativas para encontrar un camino al Norte es bastante oscura, ya que no se halla nada consignado sobre este punto en los documentos escritos. Por la tradición oral se sabe que este mismo gobernador, Tomás Acosta, que tuvo el gran mérito de introducir el cultivo del

* No podemos anotar á cada momento el trabajo del Dr. Frantzius sobre puntos como el que se ofrece aquí. El camino hacia el Atlántico es ya un hecho, y la abertura del ferro-carril ha cambiado tan hondamente la situación económica del país, y desviado tanto la corriente de entrada y salida de las mercaderías, que con cierta razón podría hoy quejarse Puntarenas de ser el lado abandonado. P. B.

A menudo da muestras nuestro autor de un pesimismo de juicio que dichosamente los hechos han desmentido después. Acusa aquí gratuitamente al pueblo costarricense de desinterés por la cosa pública; la historia de las expediciones atrevidas, hechas al otro lado de la cordillera y que veremos bien pronto, ya es prueba suficiente de que el sistema colonial no había podido concluir del todo con la energía de los costarricenses y que eran muy capaces de hacer sacrificios en pró de una obra de interés general. P. B.

(1) Hoy todavía un gran número de artículos llevan el epíteto de "de Castilla", así p. ej.: el aceite, el aguardiente, el vino, el vinagre, la cera, el jamón, las plumas, los paños, etc.

(2) Este movimiento consistió al principio sólo en mercaderías inglesas que eran importadas de Jamaica por Matina, ó de Valparaíso por Puntarenas. Para la exportación no había más que la madera de Brazil que se cortaba en los alrededores del Golfo de Nicoya, pero no fué sino por pocos años.

café en Costa Rica, trató también de ser útil al país en esta cuestión, puesto que acogió con decidida protección la idea del descubrimiento de una vía de comunicación directa con el río San Juan. Después de algunas tentativas hechas por el monje franciscano Cortos y otro religioso, Encarnación Fernández, lo mismo que por los campesinos Quirós y Salazar, para avanzar hacia el Norte,—aquellos principalmente por la depresión entre los volcanes de Barba é Irazú, éstos por la que existe entre el Barba y el volcán de Poás—hízose siempre más firme la convicción de que existían espléndidas llanuras del otro lado de los volcanes. Esto determinó á un hombre muy apreciado en el país bajo muchos conceptos á hacer los preparativos de una gran expedición. Envió, en el año de 1819, á individuos que penetraron, por la misma depresión de que hablamos entre el volcán de Barba y el Irazú, más lejos que sus predecesores, hasta un afluente del Sarapiquí, llamado San José, pero emprendieron el regreso desde este punto. Las informaciones de estos individuos confirmaron hasta tal grado la excelencia de aquellas regiones, que Eusebio se resolvió á establecer allá una hacienda de ganado, con cuyo propósito mandó inmediatamente animales de cría al lugar.

Exploración del río Sarapiquí por Joaquín

Mora, 1820.

Joaquín Mora, hermano de Juan Mora que más tarde fué Presidente, en sus viajes de negocios á Nicaragua, había oído de un Comandante español de Castillo Viejo, en el río San Juan, que de allí, con un cielo despejado, podían verse distintamente las montañas de Costa Rica no muy lejos. Como negociante sentía él mismo la necesidad de poder exportar por un camino más corto los productos del país, entre los cuales figuraba entonces la zarzaparrilla como artículo capital y de alto precio. Aplaudió, pues, la empresa de Eusebio Rodríguez, quien le ayudó para la realización de un nuevo viaje. En poco tiempo reunióse el dinero necesario y Joaquín Mora, que era un excelente cazador, pudo comenzar su expedición, en el año de 1820, á la cabeza de 6 hombres bien provistos de víveres y municiones.

La primera parte del viaje, hasta el río San José, no presentó ninguna dificultad, porque servían de guías algunos de los individuos que habían tomado parte en la expedición anterior. La mayor dificultad provino de la gran cantidad de ríos que fué menester pasar al principio; los primeros (Torres, Ipís, Virilla, Las Piedras, Quebrada honda y Río Macho) bajan por la parte de acá del Irazú y corren de Este á Oeste, mientras los que siguen (Cascajal, Santa Rosa, Río Blanco,⁽¹⁾ La Patria, El General y Santa Clara) se juntan con el Río Sucio del otro lado de la cordillera volcánica. Al fin se llegó al río San José, sin duda al mismo punto de donde había comenzado el regreso el año anterior. Allí se dejaron las bestias que habían traído el equipaje y fué preciso llevarlo al hombro. Cuando Joaquín se hubo convencido de que el río era ya navegable, hizo construir un bote con un palo. Queriendo ponerse de camino, sus compañeros rehusaron acompañarle; con todo, después de haber despedido á dos hombres desalentados, supo, con su firmeza y ánimo, dar á los demás el aliento necesario para seguirle. Más tarde estuvo repetidas veces en el mismo caso de reanimar el valor caído de sus compañeros descorazonados. Caminó en seguida por el río, con dirección al noroeste, hasta su junta con un río más grande, que no supo si era el Sarapiquí ó el San Carlos. En el punto de reunión de ambos ríos, encontró un rancho de indios abandonado cuyos habitantes se habían escondido, pero fueron descubiertos más tarde por su gente. Aunque estos indios parecían tener un carácter más bien tímido que hostil, sin embargo se tomó la precaución, desde este momento y durante todo el viaje por el río, de tener siempre las armas listas para el caso de un ataque posible de los indios, pues los exploradores hubieran podido fácilmente ser sorprendidos, por las muchas vueltas que hace el río. Después de haber navegado algún trecho en éste, Joaquín llegó á una playa arenosa donde resolvió per-

macer algunos días, sobre todo porque sus compañeros estaban bastante extenuados y porque sus vestidos no se habían secado hacía mucho tiempo, á causa de los fuertes aguaceros. La destreza de Joaquín como cazador y pescador fué entonces sumamente útil á la compañía, pues cazó allí algunos sahinós y como el río era bastante abundante en pescado, pudo siempre procurar peces frescos á su gente. Como se sentía muy bien en este lugar, donde sus compañeros se restablecieron ligero de sus fatigas, Joaquín lo llamó "Playa del gusto". En seguida siguió de nuevo bajando hasta encontrarse por fin, en un punto de la ribera, ranas cortadas, huellas de pié humano y aun más allá un sendero trazado. Siguiéndolo, Joaquín llegó á un rancho en el cual encontró á dos marineros granadinos, de los cuales uno se había enfermado en su viaje y había quedado atrás en este lugar. Por estos hombres supo que el río por el cual había venido era el Sarapiquí y que el punto de reunión con el San Juan se encontraba á poca distancia. Joaquín se fué, pues, hasta la boca del Sarapiquí y esperó el primer bote que viniera de San Juan del Norte. Siguió con éste, á cuyo bordo se encontraba un oficial español, hasta Nicaragua, después de haber despedido á sus compañeros por el mismo camino por el cual habían venido. Una vez en Nicaragua, fué presentado por su compañero al Gobernador, quien reconoció perfectamente la importancia del descubrimiento de esta nueva vía de comunicación con la provincia vecina y le remitió una recomendación para el Gobernador de Costa Rica, la cual dió por resultado que la Municipalidad de San José le dirigiera una carta de agradecimiento muy honrosa.⁽¹⁾

De seguro que muy pronto hubiera comenzado á explotar las ventajas que esta empresa prometía, si un acontecimiento no hubiera reclamado toda la atención y las fuerzas del pueblo entero, hasta el punto de paralizar por mucho tiempo todo interés para esta tentativa. En el año de 1821, se proclamó la declaración de independencia, la cual no solamente colocó el país en un estado de excitación general, pero provocó la guerra civil, de modo que nadie pudo pensar en empresas de interés común.

No fué sino hasta 1825 que los asuntos políticos del país quedaron más ó menos arreglados y que, por haberse elegido á un Presidente que gozaba de suficiente confianza por parte de la nación, comenzaron los habitantes á ocuparse de la organización y del adelanto de todas las empresas útiles al país. El entonces Presidente, Juan Mora, hermano del descubridor del río Sarapiquí, presentó al Congreso un proyecto con el objeto de animar á los particulares para que se entregaran á empresas de interés general. Consiguientemente el Congreso emitió, el 19 de setiembre de 1825,⁽²⁾ un decreto por el cual aseguraba una recompensa conveniente á todos los que descubriesen buenos puertos y nuevos caminos, lo mismo que á

1) En el año de 1825 bajo la presidencia de su hermano por un decreto del 5 de Octubre, fué declarado exento de cargos públicos en recompensa de sus servicios. A. v. Fr.

2) Hé aquí el decreto aludido:

Decreto LIII.

El Jefe Supremo del Estado libre de Costa Rica.

Por cuanto la Asamblea ha decretado y el Congreso sancionado lo siguiente:

La Asamblea Constitucional del Estado libre de Costa Rica, considerando cuánto importa premiar el patriotismo de los primeros ciudadanos que hagan gratuitamente grandes servicios al Estado en el modo que permiten las actuales facultades, ha tenido á bien decretar y decreta:

Art. 1º—En premio de los loables y gratuitos servicios que el ciudadano Joaquín Mora ha hecho al Estado en especulaciones para abrir el camino más recto al mar del Norte por el río Sarapiquí y de los que de nuevo emprende por comisión del Gobierno, se le concedan 4 años de exención de cargos públicos concejiles.

Art. 2º—La gracia del precedente decreto debe contarse desde la fecha en que de cuenta de la comisión enunciada.

Ejécútese.

Dado en San José.

Octubre 5 de 1825.

19 de Setiembre

J. Mora.

1) En Marzo de 1825, uu cierto Diego Palacios había hecho al gobierno la propuesta de buscar un nuevo camino de Bagaces en el Guanacaste, cerca del Volcán de Miravalles, á la orilla meridional del lago de Nicaragua. Es extraño que no se haya resuelto nunca nada sobre esta propuesta. A. v. Fr.

(1) Antes de este río, que debe pasarse dos veces, porque describe un arco, encuéntrase un pedazo de camino empedrado en un bajo llamado La Palma, (Vgl. "Geogr. Mittheil." 1861, Heft. X, S. 381.)

los que introdujesen nuevas é importantes ramas de industria para el país.*

*Viajes al Alto Cerro Amarillo, bajo la dirección de Miguel Alfaro, el 26 y 27.***

Alentados por esto, ocho ciudadanos de los más acomodados se reunieron el año siguiente en Alajuela para buscar de allí un camino de comunicación con el río San Juan. A la cabeza de esta expedición estaba Miguel Alfaro que llevó de este viaje un diario suficiente del cual he sacado lo siguiente :

Miguel Alfaro salió de Alajuela con 8 compañeros en el año de 1826 y pasó la cordillera por el lugar más bajo de la depresión entre los volcanes de los Votos y de Barba, siguiendo siempre rumbo al Norte. Después de haber cruzado los dos brazos del río Poas, situados en la vertiente meridional, llegó el tercer día al punto más alto de esta depresión, esto es, á un barranco hondo formado por el lecho del San Francisco. El quinto día alcanzó el río Paz, al cual dió este nombre porque sus compañeros, que estaban en desacuerdo anteriormente, se reconciliaron entonces. El sexto día atravesó el paso elevado que se llama todavía hoy día Isla Bonita, y de allí bajó á Cariblance, que recibió este nombre porque una manada de cerdos salvajes espantó á sus compañeros por la tarde en su rancho. El sétimo día Miguel Alfaro vió, desde el alto de una vertiente, toda la llanura del río San Juan que se extendía

delante de él y por esto llamó el punto Buenavista. El octavo día atravesó el río María Aguilar y llegó á una pequeña laguna y á una larga loma, última prolongación del volcán de los Votos, que fué llamada Cerro del Congo; de allí bajó á la llanura. El día noveno atravesó un pequeño río, que corría suavemente, en el cual notó muchos pescaditos; por cuya razón lo llamó Sardinal. El día décimo encontró otra vez un pequeño río que corría hacia el Norte y por cuya orilla anduvo todavía el día siguiente hasta llegar, el duodécimo día, al punto donde este riachuelo se juntaba con un río navegable, viniendo del Oeste. Llamó este punto San Miguel⁽¹⁾ y allí construyó una canoa en la cual se embarcó con tres de sus gentes con el objeto de reconocer el río. Después de tres días volvieron con la noticia de que habían descubierto un bonito río navegable; sin embargo, como las provisiones se habían concluido, Miguel Alfaro tuvo que emprender el regreso.

El resultado favorable de este viaje, determinó al Congreso á emitir el año siguiente un segundo decreto que fijaba las recompensas de una manera más precisa. Este decreto del 13 de mayo de 1827, decía así :

Decreto CXIV

El Jefe Supremo del Estado libre de Costa Rica.

Por cuanto la Asamblea ha decretado y el Congreso sancionado lo siguiente :

La Asamblea Constitucional del Estado libre de Costa Rica, considerando las grandes ventajas que reportará á todo el Estado la comunicación del Mar del Norte, y queriendo excitar el ánimo de los empresarios, ha tenido á bien decretar y decreta :

Art. I.—Cualesquiera empresario que por el rumbo del Norte descubriese comunicación de transporte por la ensenada de San Juan, se le premiará con \$ 500 en dinero y mil en tierras baldías en el punto que las designe.

Art. II.—Si el descubrimiento se hiciese sobre los vestigios antiguos de una calle empedrada que se halla en el paraje llamado Potrero Cerrado, además del premio expresado en el artículo anterior, se le gratificará con \$ 300 en dinero.

Art. III.—Se le satisfarán al empresario los gastos que legalmente haya tenido en el descubrimiento, y no pudiendo éste legalizarlos, se valuarán por peritos para su satisfacción.

Ejecútese.

Dado en San José. 20 de marzo de 1827.
13 de marzo de 1827. J. Mora.

*) Decreto LII.

El Jefe Supremo del Estado libre de Costa Rica, Por cuanto la Asamblea ha decretado y el Congreso sancionado lo siguiente :

La Asamblea Constitucional del Estado libre de Costa Rica, considerando cuán recomendables son las primeras empresas ó descubrimientos que en favor de la demás parte de la sociedad se dedican y esfuerzan á hacer muchos generosos patriotas, ha tenido á bien decretar y decreta :

Art. 1.º—A los descubridores de caminos, puertos ó cualesquiera objetos de industria que reporten beneficio al Estado, se concederán premios correspondientes al mérito de sus descubrimientos y se les indemnizarán además los costos útiles que hayan hecho, de uso público.

Art. 2. Se premiará asimismo á los nuevos empresarios de cualesquiera frutos, en el Estado, luego que presenten los primeros que hayan producido sus empresas.

Art. 3. Las precedentes gracias se solicitarán en su caso por medio del Gobierno á la Asamblea á quien elevará estas solicitudes con su informe.

Ejecútese.

Dado en San José. Octubre 5 de 1825.
19 de setiembre. J. Mora.

**) Aquí debe colocarse la relación de un viaje de que el Dr. Frantzius no parece haber tenido noticia. El Capitán Richard Trevithick, uno de los primeros inventores de la locomotora, vino del Perú á Costa Rica en el año de 1822 para ocuparse en el asunto de minas. Había recibido informes favorables sobre la riqueza en oro del monte Aguacate por un caballero escocés, Mr. J. M. Gerard, establecido desde hace poco tiempo en el país y dedicado también á la explotación de una mina. En 1826 ó 1827, ambos extranjeros emprendieron viaje hacia Inglaterra, con el objeto de formar allí una compañía para trabajar las minas de Machuca, Quebrada-honda y Coralillo, por las cuales habían solicitado una concesión del Gobierno. Acompañados por dos jóvenes costarricenses de la familia Montealegre, un criado y seis peones, trataron de llegar á San Juan del Norte atravesando la cordillera volcánica entre los volcanes de Poás y Barba, esto es, por el actual Desengaño y el punto llamado Buena Vista.—Las mulas no pudieron llegar sino hasta cierto punto del camino y, después de haberlas despedido con tres de los peones, siguieron adelante, primero á pié, después embarcados en una balsa. Experimentaron naturalmente muchos sufrimientos, tanto por el hambre como por las dificultades del camino. Uno de los peones se ahogó y el mismo Trevithick se escapó de la misma suerte por mera casualidad. Es bastante difícil reconstituir el trazado de la expedición por los documentos que hemos encontrado en la "Vida de Richard Trevithick", (Life of Richard Trevithick, with an account of his inventions, by Francis Trevithick, C. E.—London E. an F. N. Spon, 48. Charing Cross, y New York, 446 Broome Street. 1872.) En efecto, el capítulo que trata de Costa Rica contiene, además de extractos de los informes de Trevithick y Gerard, varias cartas de individuos á quienes el primero había contado su viaje, y estas relaciones no están completamente de acuerdo. Lo más probable es que, á partir de Buena Vista, los viajeros tomaron rumbo hacia el NE. y fueron detenidos por la región pantanosa de las llanuras de Tortuguero. Volvieron entonces sobre sus pasos y llegaron al punto donde el río Sarapiquí comienza á ser navegable. De allí siguieron embarcados en una balsa hasta que naufragaron y acabaron por llegar á Greytown por la orilla del río San Juan. Lo más curioso es que Trevithick, basándose sobre la diferencia de nivel entre el punto más alto de la cordillera y la orilla del mar, dividida por la longitud aproximada del camino, creía posible la construcción de un *ferro-carril* desde el punto donde el río Sarapiquí cesa de ser navegable hasta San José y más allá, hasta la región minera del Monte Aguacate. Tanto él como Gerard fracasaron en su propósito de formar una compañía en Europa y nunca volvieron á Costa Rica. P. B.

Estimulado por la perspectiva de esta recompensa, Miguel Alfaro salió de Alajuela el 5 de abril de 1827 con 18 hombres y alcanzó en corto tiempo el punto donde había llegado el año anterior. Se embarcó con cinco compañeros en un nuevo bote más ancho y llegó el día siguiente al hermoso río navegable que había descubierto en su primer viaje. Este río tenía raudales fuertes en cuyos remolinos giraban troncos de árboles desarraigados. El agua era de naturaleza peculiar. Presentaba un color verde amarillento y estaba llena de partículas que oían á azufre de tal modo, que no se podía usar para tomarla. Como el agua daba este color amarillo á los árboles, á las piedras y aun á los lagartos que se veían en las playas arenosas de la orilla, Miguel Alfaro llamó á este río "Toro Amarillo." Siguiendo su corriente, llegó el día siguiente al Sarapiquí, que lo llevó el mismo día al San Juan. Allá supo por primera vez, después de haber encontrado á algunos marineros de Granada, que el río que acababa de dejar era el Sarapiquí y el en que se encontraba ahora el San Juan. En pocas horas llegó á San Juan del Norte, donde el Comandante lo recibió muy cordialmente. Un inglés, el conocido Capitán Sheppard, se interesó especialmente por él; le suministró bastimento para el regreso y le regaló un buen bote.

En seis días Miguel Alfaro llegó otra vez á la boca del Toro Amarillo; pero en lugar de seguir por este río, subió aguas arriba por el Sarapiquí. El 3 de mayo abandonó su bo-

(1) Este San Miguel donde no se fundó nunca una colonia, no debe confundirse con el situado más al Oeste, cerca del río Sarapiquí, el cual se compone de unos cuatro ranchos. A. v. Fr. *

* El actual San Miguel, dividido en San Miguel Viejo y San Miguel nuevo, á unos cuatro kilómetros uno del otro, se compone, no de cuatro sino de más de veinte ranchos. P. B.

te y, dirigiéndose al Oeste é internándose en las tierras, llegó, la cabo de tres días, á la antigua vereda que conducía á San Miguel, pero tuvo que caminar todavía un día entero para alcanzar el rancho donde se había embarcado. Allí encontró, es verdad, en depósito los víveres que había mandado pedir á Alajuela: pero los cargadores no lo habían esperado, como era convenido, de tal modo, que tuvo que llevar sus provisiones con su poca gente. Sucedió todavía que uno de sus compañeros se enfermó y otro fué picado de culebra. Después de haber llegado por fin al Sardinal, el mismo Miguel Alfaro cayó enfermo, de modo que tuvo que quedarse acostado en un rancho durante tres días, hasta que se sintiera mejor. Entonces mandó adelante á los dos únicos cargadores que tenía consigo, para que trajeran el auxilio posible de Alajuela. Mientras tanto los enfermos anduvieron, con mucho trabajo y en dos jornadas, hasta el Cerro del Congo, y allí permanecieron tres días sin alimento, debilitándose tanto por la enfermedad y el hambre que no pudieron moverse del lugar. Quedaron así en el rancho, sin movimiento y esperando la muerte á cada momento, hasta la llegada de los hombres que se les había enviado de Alajuela. Estos lograron fortalecer á los hambrientos por medio de una alimentación conveniente, hasta ponerlos en estado de caminar después. Además, encontráronse otros amigos y parientes á medida que los viajeros se acercaban á sus hogares; así es que entraron dichosamente en Alajuela el 5 de junio. 1

Construcción del camino de Sarapiquí

Después del descubrimiento del camino de la manera que acabamos de ver y cuando se tuvo también la prueba de que su construcción efectiva podría hacerse con gastos moderados, la Sociedad formada en Alajuela se apresuró en ponerlo en estado de poder utilizarlo, si no todavía como camino carretero, á lo menos como camino para bestias de carga y de silla. La empresa anduvo tan bien que ya al principio del año siguiente, un convoy de 18 mulas con tabaco chircágre, tan estimado por su aroma, pudo llegar hasta el río Sarapiquí de donde se trasportó la carga por botes á Nicaragua. Desgraciadamente esta fué la primera y última tentativa, pues se introdujo pronto el monopolio del tabaco en Nicaragua.

El entonces Presidente, Juan Mora, no tardó en manifestar el interés personal que tomaba en la empresa. En mayo de 1828 se fué por el nuevo camino hasta San Juan del Norte y volvió también, gastando un mes en el viaje redondo.

La sociedad formada en Alajuela, á quien se había reconocido y entregado el premio prometido en el decreto, se disolvió voluntariamente tan pronto como hubo cubierto los gastos ocasionados por el viaje con denuncios de tierras, considerando su tarea así terminada.

Existía pues ya un nuevo camino cuya suma importancia para el país era reconocida por la mayoría de las personas inteligentes, pero al Estado le faltaban enteramente los recursos pecuniarios para hacer efectivas las ventajas que esta vía prometía. La ciudad de Alajuela que por su situación tenía el mayor interés en el asunto, era demasiado pobre para poder llevar á cabo la construcción del camino con sus propios fondos.

Las ciudades más ricas de Cartago y San José perseguían por su lado otros intereses: la primera veía su salvación en el establecimiento de un camino hacia el puerto de Matina; San José al contrario, sitio del gobierno y residencia de las familias más ricas en influencia, trataba de aniquilar los esfuerzos de la ciudad hermana con la construcción del camino al puerto de Puntarenas en el océano Pacífico. (*)

(1) En el libro ya citado "Life of Richard Trevithick" se ve, por una carta que Mr. Gerard recibió de Costa Rica, que, en el mes de setiembre de 1827, don Antonio Pinto salió también del país por el camino de Buena Vista para hacer un viaje á Jamaica. No tenemos detalles sobre esta tentativa, que parece haber tenido buen éxito, pero ella es la prueba de que algunos comenzaban á juzgar este camino como preferible al de Matina. P. B.

(*) Desgraciadamente este fué el motivo por el cual Costa Rica se vió privada durante tan largos años de un puerto en el Atlántico. Bajo este punto de vista se estuvo en peores condiciones que bajo el gobierno español, pues entonces siempre se favoreció el comercio por Matina. La ruindad de algunos políticos que miraban con disgusto el que Cartago pudiera prosperar, con detrimento de San José, fué la causa de tan torpe proceder.

En tales circunstancias y en vista de su carestía absoluta de fondos públicos, el Gobierno trató de apresurar á lo menos indirectamente la apertura y el uso del nuevo camino. Con este intento se refirió claramente en un decreto á los celos de las ciudades divididas, puesto que Cartago y San José, en esta circunstancia, no perdían la oportunidad de reclamar los mismos derechos que habían sido concedidos á Alajuela particularmente para el camino del Sarapiquí. Este decreto, del 29 de octubre de 1828, prometía, por un período de 8 años, recompensas en terrenos á todos los colonos que quisieran entregarse á la cría del ganado y al cultivo del cacao en las cuatro direcciones siguientes:

1. Al norte de Alajuela, en la región que se extiende desde Fraijanes é Isla bonita hasta el río San Juan;
2. Al norte de San José, en la comarca comprendida desde el Río Blanco y Santa Rosa hasta las riberas del San Juan y al este hasta las costas del Atlántico.
3. Al norte de Cartago, en la región situada desde la población de Cot hasta el río Pescado, á lo largo del camino.
4. En el camino de Matina, en la región del río Turrialba y más allá de los límites de Tucurrique, con dirección al este.

El resultado de esta liberalidad aparente fué muy pequeño, como era de preverse. En efecto, como el precio de las propiedades particulares en este tiempo era todavía muy bajo y además podían conseguirse terrenos nacionales por una miseria y á mayor proximidad, nadie se sintió empujado por la recompensa ofrecida á establecerse en el camino de Sarapiquí. Fué, pues, más bien una dichosa casualidad el hecho de que ya en el año siguiente (1829), una casa francesa, A. Dumatreg, comenzó á hacer una plantación de caña en Sarapiquí, mientras que las demás pequeñas colonias se establecieron en una época mucho más tardía. A pesar de las sumas de consideración que se invirtieron en esta empresa por la casa citada, sin embargo ella no tuvo sino poca duración. Efectivamente los gastos algo fuertes ocasionados por la falta de brazos no ueron cubiertos por el producto reducido que consistía principalmente en dulce, aguardiente y plátanos que se vendían en San Juan del Norte. Desde el año de 1838, la plantación quedó casi completamente abandonada, de modo que poco á poco se fué perdiendo del todo. No existen hoy más vestigios de las habitaciones; sólo algunos pedazos de herramien- tos de máquina, medio gastados, quedan en el suelo húmedo como testimonio de la antigua victoria de la inteligencia humana sobre la fuerza de vegetación de la selva tropical, tan difícilmente contrarrestada.

Mientras que el establecimiento adecuado del camino como vía de tráfico quedó solamente en estado de deseo piadoso, no se pudo hablar de un verdadero cambio de mercaderías por su medio. A lo sumo servía el nuevo camino á los contrabandistas de Alajuela para introducir algunos artículos prohibidos como el tabaco y la pólvora. Esto determinó al Gobierno, en el año de 1847, á establecer, en el punto que se llama hoy día Puerto Viejo, un resguardo militar que ha sido trasladado después más abajo en la ribera izquierda donde se encuentra todavía.

En 1836, no se usaba el camino sino para el despacho de la correspondencia. La compañía minera inglesa enviaba, de su propia cuenta, cada dos meses, un bote-correo á San Juan del Norte de donde las cartas se encaminaban hacia Jamaica, con buque de vela hasta 1838, y después, hasta 1841, por una conexión regular de vapores. Después de la quiebra de la compañía citada en 1841, el Gobierno envió las cartas, como anteriormente, por Matina hasta 1842, año en que el presidente Braulio Carrillo, tan acreedor al agradecimiento de Costa Rica, hizo despachar mensualmente la correspondencia por el camino del Sarapiquí á costa del Estado. Desde el año de 1851, las cartas fueron mandadas dos veces al mes para la coincidencia con la West Indian Mail. (*)

Poco á poco la gente pareció comprender la gran importancia del camino de Sarapiquí y sentir también que se nece-

(*) Todo el mundo sabe que el servicio de correos es uno de los que más se han mejorado en estos últimos años. Pero debe uno fijarse en el hecho de que la mejora no es solamente para Costa Rica, sino para todos los países de la tierra desde el establecimiento de la Unión internacional de correos y sobre todo el perfeccionamiento y aumento considerable de la navegación de vapor. P. B.

sitaban algunos esfuerzos para que llegara á ser verdaderamente la fuente de provechos que se esperaba. Durante el año de 1835 el presidente Manuel Aguilar lo hizo ensanchar, á costo del estado, hasta 8 varas y al mismo tiempo los peones se esforzaron en darle una dirección conveniente. Pero las guerras civiles que estallaron inmediatamente después, aniquilaron la obra apenas comenzada, y todo quedó otra vez como antes, hasta que se formó en 1846 una compañía por acciones seria, con el objeto de componer el camino del Sarapiquí. Aunque esta sociedad se sirviera de este proyecto como de un manto para cubrir sus fines políticos, sin embargo dió principio á su actividad en 1851 bajo la dirección de Ed. Wallerstein y Felipe Molina, en cuya reposición vino después Vicente Aguilar quien quedó á la cabeza de la sociedad hasta el fin. En oposición con la tibieza que se había manifestado hasta entonces, parece haber reinado en este tiempo un interés por la empresa que no se había acostumbrado notar. Poco á poco la compañía llegó á juntar un capital de cerca de \$ 80,000 con el cual comenzó la construcción del camino. Pero desgraciadamente no se gastó más que una pequeña mitad de este capital en la propia construcción de la ruta, pues algunos socios de la compañía sabían muy bien pensar en su sueldo. Sucedió por consiguiente que un capital de consideración apenas alcanzó para componer la mitad del camino. Sólo el pedazo hasta el Desengaño fué elevado al rango de camino carretero; hasta la Cuesta del Congo (entre Cariblanco y San Miguel actual) la vereda fué ensanchada lo necesario. Todos los puentes para pasar los ríos caudalosos y rápidos fueron construídos con troncos de árboles no labrados de manera que hoy día han caído todos. Se trabajó en la construcción del camino hasta 1853, y en 1855 la sociedad se disolvió de hecho, disolución que tuvo por consecuencia la desaparición de todos los privilegios tan ventajosos que habían sido conferidos á la empresa por el Gobierno. La causa del abandono prematuro de una empresa comenzada con tanta energía, se encuentra en la dispersión de los intereses, luego que en los últimos años habíase iniciado otras tres empresas parecidas de construcción de caminos, primero el camino al Océano Atlántico por Angostura, segundo el del Río San Carlos y tercero una vía hacia Tárcoles. Además la apertura, en el año de 1856, de una navegación de vapor regular en la costa occidental vino á perjudicar todavía grandemente el camino del Sarapiquí. Desde este tiempo, en efecto, muchos pasajeros prefirieron hacer el viaje por Puntarenas y Panamá y aun sacar sus mercaderías por esta vía.

En una serie de 30 años á partir del descubrimiento y de la apertura del camino no se formaron sino muy pocas colonias en el camino del Sarapiquí. Los colonos denunciaron de preferencia las llanuras más bajas y de clima más cálido porque éstas se prestaban muy especialmente para el cultivo del cacao. Desde San Miguel abajo hasta el Muelle, encuéntranse hoy día buen número de plantaciones de cacao de bastante importancia y que dan buenos resultados visibles. (*)

Por lo tocante al camino como tal, desde el año de 1856 ha quedado para su composición completamente á cargo particular de los propietarios que viven en él. El resultado de esto es que se hace cada año más intransitable. (1)

Descubrimiento de un nuevo camino por Pío Murillo en las faldas de Barba, 1832-1833

El interés que se despertó en el país inmediatamente des-

(*) Desgraciadamente hasta hoy día la mayor parte de estas plantaciones han sido abandonadas, y si bien algunos individuos tratan de formar nuevos cacaotales en ciertos puntos (Puerto Viejo, p. ej.), la cosecha anual es todavía muy poca. Es una verdadera lástima, pues, ya en San Miguel Nuevo, los árboles que todavía subsisten y no han sido completamente descuidados, producen regular cosecha, y la hacienda del Pedregal, entre Chilamate y el Muelle, ha conservado un rendimiento nada despreciable. La calidad es excelente y mientras no se componga seriamente el camino del Sarapiquí, el cacao queda el único producto que valga la pena de cultivarse, pues él sólo paga los gastos de transporte hacia el interior de la república con bestias de carga y por senderos casi siempre muy lodosos. P. B.

(1) Per supuesto, si todavía estuviera la cosa tal como lo dice Frantzius, no habiendo propietarios que vivan en el camino sino en siete ó ocho puntos, generalmente distantes de algunas leguas entre sí. Hoy la cuestión no es la misma. Desde hace varios años el Gobierno invierte

pués del descubrimiento del camino del Sarapiquí por Miguel Alfaro y las grandes esperanzas que en esto se fundaron, determinaron á un hombre llamado Pío Murillo y vecino del pequeño pueblo de Barba, en la vertiente meridional del volcán del mismo nombre, á seguir un nuevo rumbo que permitiera abreviar el camino y proporcionar una ventaja directa al lugar de su residencia. Poseía un terreno cerca del cráter apagado del volcán de Barba, á bastante altura. De allí la gente de su pueblo bajaba á menudo por la vertiente setentrional con rumbo al norte, para ir á cargar leña ó buscar su ganado perdido, y se ofrecían á sus miradas anchas llanuras bajas y cubiertas de selvas. Pío Murillo envió, pues, en marzo de 1832, á algunos hombres para que trataran de llegar al río Sarapiquí, avanzando derecho hacia el norte. Después de muchas dificultades estos hombres llegaron á un afluente del Sarapiquí que lleva el nombre de Puerto Viejo. Lo siguieron hasta su desembocadura en el río citado y regresaron en agosto con la noticia poco placentera de que el camino recorrido era absolutamente impropio para una vía de tráfico. Pío Murillo, que no se dejó desalentar por esto, mandó otra vez, al principio del año siguiente de 1833, á unos individuos que tomaron rumbo más al este y llegaron á las cabeceras del río San José, descubierto por Joaquín Mora. Costearon este río hasta el punto en que se vuelve navegable y llegaron hasta su desembocadura en el Sarapiquí, media legua más abajo que la colonia francesa. En esta ocasión exploráronse las magníficas llanuras que riegan el Río San José y el Río Sucio y que se conocen ahora con el nombre de Santa Clara.

Pío Murillo se empeñó en vano en recomendar el camino por él descubierto: recibió del Gobierno el premio prometido, pero fué lo único que consiguió, pues una tentativa que hizo un inglés, John Hale, en el año de 1834, de trasportar mercaderías con mulas por este camino, fracasó completamente.

Viaje de Luz Blanco á lo largo del Río Sucio en 1847, y colonización de las llanuras de Santa Clara

Durante todo este tiempo este camino quedó completamente abandonado, hasta que en el año de 1847, Luz Blanco, que había sido enviado á San Juan del Norte en comisión del Gobierno, prefirió pasar por el camino de la Palma, descubierto por Joaquín Mora, en lugar de tomar el camino del Sarapiquí que se encontraba á la sazón en muy mal estado. Aprendió de este modo á conocer las hermosas llanuras de Santa Clara. Llegó primero al río Salto, caudaloso y muy encajonado, y de allí, siguiendo la ribera izquierda del río Sucio por un camino muy quebrado, al río Patria que atravesó. Alcanzó después el río General situado cerca, y después de haberlo pasado, se volvió más al este, y siguió otra vez, por terreno plano, el río Sucio hasta su reunión con el río San José. Un poco más arriba de este lugar, se desprenden del Sucio muchos brazos y cuando éstos han vuelto á reunirse se dirige la corriente hacia el Océano Atlántico con el nombre de Río Tortuguero, recibiendo todavía otros afluentes que bajan de la vertiente setentrional del volcán de Turialba. Dando su atención siempre á la orilla izquierda del Sucio, Luz Blanco siguió este río hasta su desembocadura en el Sarapiquí. Antes de llegar á este punto vió, en la ribera derecha del Sucio, un gran platanar hecho por indios salvajes. Llegado al Sarapiquí, se embarcó y se fué hasta San Juan del Norte; pero para el regreso escogió el camino del Sarapiquí descubierto por los alajuelenses.

Las llanuras de Santa Clara habían hecho tan buena impresión sobre Luz Blanco, que se resolvió á establecer en ellas una hacienda de ganado. Por eso se fué, en 1849, al otro lado de la Palma con algunos hombres, todos bien provisionados de lo necesario. Se estableció sobre el Río Sucio, poco antes de su reunión con el San José y comenzó los trabajos necesarios para la colonización algo más abajo. Después de

sumas muy insuficientes para la conservación y mejora del camino. Hasta que se dedique de una vez una cantidad importante para la composición entera y no por partes del camino, éste quedará pésimo, lo que es de sentirse pues en muchas partes se formarían de seguro centros de población de bastante importancia, siendo el clima sano en casi todos los puntos y las tierras excelentes. P. B.

haber trabajado algún tiempo en este lugar, sus peones descubrieron, un poco más al este, una familia de indios con la cual pudieron establecer pronto un tráfico amistoso, pues uno de ellos, vecino de Terraba, comprendía el idioma de aquellos indios. Estos nudos amistosos fueron desgraciadamente destruidos al cabo de poco tiempo por culpa de un soldado de los del resguardo establecido en el Sarapiquí, con que la gente de Luz Blanco tenía también relaciones. Este soldado se robó una muchacha india que murió más tarde en San José, después de haber sido llevada allá por el culpable que fué castigado.

Luz Blanco había abandonado la administración de su hacienda á sus peones, pero tuvo que renunciar á todo tráfico con ellos porque el camino del Río Salto era tan malo que apenas se podía pasar por él. Los hizo volver y desde entonces el ganado y la plantación quedaron abandonados á sí mismos. Con todo, Luz Blanco había obtenido un título de posesión por un terreno de importancia en el confluente del Río San José y del Río Sucio y trató de establecer una comunicación más fácil, valiéndose del camino descubierto por Pío Murrillo. En unión de éste supo ganarse á algunas otras personas para una colonización común en Santa Clara. Pero como estaban con la idea de llevar á cabo este plan, precisamente en 1856, hizo fracasar la empresa el estallido de la guerra contra Walker y la epidemia de cólera que la siguió. Desde entonces no se ha hecho absolutamente nada para mejorar el camino por el volcán de Barba.

Consideradas bajo el punto de vista de la feracidad, las llanuras de Santa Clara, comprenden bosques ricos en árboles de goma, cedros, caobas y otras especies de maderas preciosas. El camino por el volcán de Barba presenta la ventaja de que no necesita la construcción de puentes; el río Sucio es navegable en su curso inferior, ofrece una conexión cómoda con el río San Juan y si se agrega que el río Tortugucero, como se pretende, es también navegable, tendríamos aquí, proporcionado por la misma naturaleza, la comunicación más fácil y más corta con el Océano Atlántico.

Descubrimiento del camino de San Carlos por Francisco Martínez

Poco después de la formación de la compañía de accionistas que tenía por objeto la construcción del camino del Sarapiquí, el Gobierno, en el año de 1849, dió un decreto por el cual aseguraba una recompensa de \$ 1000 al que descubriera un camino entre el puerto de Puntarenas y el Sarapiquí. Esto tuvo el resultado inesperado de que varios habitantes del pequeño pueblo de San Ramón, que acababa entonces de fundarse y que está situado al noreste de Puntarenas, se pusieron de camino para ganarse aquel premio. Desde su lugar de residencia se dirigieron hacia el norte, y, después de haber atravesado la cordillera, muy baja en este lugar, llegaron del otro lado al valle del río San Carlos que siguieron hasta su desembocadura en el río San Juan. De las dos expediciones que salieron de San Ramón, una, bajo la dirección de Pío Villalobos, siguió un rumbo más occidental, pero su trazado no se utilizó después, porque se consideró que el otro era preferible. El guía de la segunda expedición fué Francisco Martínez y un viejo español, Ramón Toledo, suministró el dinero necesario para ella. Salió Martínez de San Ramón, en 1850, con 10 compañeros, descubrió el río San Carlos y llegó, como se ha dicho, hasta su desembocadura en el río San Juan. Después navegó otra vez contra corriente hasta el muelle actual, y, en lugar de seguir la antigua vereda para San Ramón, tomó una dirección más occidental, con el objeto de encontrar así un paso directo hacia Puntarenas. Lo buscó atravesando el nudo de montañas que está situado al este del volcán Tenorio y que se une inmediatamente con él. Este nudo de montañas envía prolongaciones hacia el sur y el norte y está cortado y despedazado por muchas honduras de pendientes escarpadas hasta el punto de oponer dificultades insuperables á los viajeros. Fué con grandes dificultades que Martínez y su gente pudieron ir, por el lado del norte, casi á la cumbre de estas montañas que se conocen en la comarca con el nombre de Cerros de los Guatuzos; pero de allí tuvieron que emprender el regreso pues sus provisiones se habían acabado por completo

y padecían tanto por el hambre que tuvieron que comer los dos perros que habían llevado consigo y también que buscar su salvación hasta en las pieles sin curtir de que estaban hechas sus alforjas. Al fin, dichosamente, llegaron otra vez al valle del San Carlos de donde alcanzaron en poco tiempo su antigua vereda de San Ramón.

Ya en el año de 1847, Pedro Seladón (Zeledón?) había traído noticias concordantes sobre la imposibilidad de atravesar los Cerros de los Guatuzos, pues había salido de la pequeña ciudad de Esparta con el mismo objeto de encontrar una comunicación entre Puntarenas y el río Sarapiquí y había querido hacer la ascensión de estas montañas por el sur. Tuvo también que volver sin haber hecho nada cuando los víveres se acabaron para él y para sus compañeros.

Colonización del valle de San Carlos

El mismo año del descubrimiento del camino de San Carlos, Victoriano Fernández, determinado por las informaciones favorables que le habían dado sobre la calidad de los terrenos en San Carlos, se resolvió á establecerse en ellos, después de haber recorrido la región á pié y haber hecho su inspección. Victoriano permaneció, es verdad, por mucho tiempo, el único colono establecido allí, pero sus informes llamaron la atención de algunos hombres emprendedores hacia estas comarcas, tanto que el mismo año se formó una compañía por acciones que tenía por objeto la construcción de un camino hasta el río. En 1853, después del envío de una comisión del Gobierno para examinar el nuevo camino, dos de los que formaban parte de ella se decidieron á seguir el ejemplo de Victoriano.

Un examen serio del camino, y sobre todo del río se hizo en 1854 por el difunto Barón A. v. Bülow, comisionado por la compañía de accionistas. En esta ocasión, éste no salió de San Ramón, sino que pasó por Alajuela y Grecia y llegó por este lado al primer brazo del río Barranco sobre el camino de Martínez. Hizo un mapa especial y dió á la luz pública un pequeño informe sobre los resultados de su viaje bajo el título de "Informe sobre el camino y la navegación del río San Carlos. San José, 1854". La compañía, cuyo capital era exíguo, no trabajó sino despacio en el camino y el Gobierno no hizo nada más por él hasta el momento en que, por consejo de Bülow, colocó un resguardo en la boca del San Carlos, resguardo que se abandonó después de pocos meses. Así perdió siempre más importancia el tráfico por este camino y las colonias no se aumentaron sino con una que se estableció en 1855 y tuvo por principal objeto el cultivo del cacao.

Mientras tanto el camino quedó tan impracticable que el Gobierno no mandó sino una pequeña avanzada al río, en 1856, cuando comenzó la guerra contra Walker. Pero la ruta del San Carlos tomó de repente una significación é importancia extremas al fin del mismo año, cuando se mandó por ella á un número considerable de tropas para cortar los víveres á los filibusteros por medio de la ocupación del río San Juan y la confiscación de las embarcaciones de vapor. Muchas personas tuvieron así la oportunidad de ver los terrenos, y como se estableció por algún tiempo un gran tráfico en este camino, con la mira de acarrear bastimento á las tropas que se encontraban en el río San Juan, el Gobierno encontró sumo interés en mejorarlo lo más posible. Esto se hizo por corto período, hasta que el camino de San Carlos dejara de tener su importancia como vía militar por la pérdida de los fuertes situados en el río San Juan, el Castillo Viejo y la plaza de San Carlos.

En nuestro tiempo la atención se ha dirigido otra vez hacia el nuevo camino y las hermosas llanuras situadas cerca del río. Los extranjeros establecidos en San José se han interesado muy particularmente por el camino de San Carlos. Ciertamente número de ellos han comprado allá terrenos nacionales y estos poseedores han pensado en formar una sociedad general para establecer una vía comercial al San Carlos por cooperación de todos, asegurando así un valor mucho más grande á sus tierras.

*Expedición á las fuentes del Toro Amarillo*por *Mig. Alfaro*, 1846

Del mismo modo que la situación favorable de la hacienda de Pío Murillo lo había incitado á llegar al río Sarapiquí por encima del volcán de Barba, así también la colocación de la hacienda de Francisco Otoyá, en la vertiente suroeste del volcán de los Votos, cerca de Grecia, indujo á este individuo á buscar una comunicación con el Sarapiquí por el noreste y con el río San Carlos por el noroeste. El primer paso fué descubierto por Miguel Alfaro, el segundo por Francisco Otoyá.

Como hemos visto antes, Miguel Alfaro había descubierto en 1826 el curso inferior del Toro Amarillo, afluente principal del Sarapiquí. La hermosura de los terrenos situados á los lados de este río había hecho nacer en él el deseo de explorarlos detenidamente, pero no encontró la oportunidad para esto sino hasta 1846, año en que el entonces Presidente de la República, su pariente cercano, concedió del erario público los recursos necesarios para esta empresa.

Miguel Alfaro salió, pues, en comisión del Gobierno, en febrero del mismo año, de la hacienda de Otoyá con cuatro compañeros. Les servía de guía un tal José G. Barrantes, que vivía en la hacienda, y que había penetrado á menudo en el bosque hasta la vertiente setentrional del volcán para ir á buscar madera. Avanzaron, siempre con rumbo al noreste, por una pequeña depresión entre el volcán de los Votos y los Cerros de Poás, y bajaron poco á poco, el segundo día, desde esta depresión y por la vertiente setentrional, hasta llegar á la confluencia de dos riachuelos que son las fuentes del Toro Amarillo. El cuarto día siguieron este pequeño río y vieron que recibía, por la ribera derecha, tres arroyos que bajaban de la vertiente norte del volcán de los Votos, y, por la ribera izquierda otro pequeño afluente que venía del noroeste. Más allá de esta desembocadura avanza hasta la ribera izquierda del Toro Amarillo una pequeña loma que viene del oeste y se compone de arenisco. Más abajo los viajeros encontraron la embocadura de otro río notable por sus aguas blanquecinas y que por eso recibió el nombre de Río Blanco. Entre éste y el afluente de que hemos hablado antes, encuéntrase una llanura caracterizada por su riqueza en cedros, lo que le valió ser llamada "Llanura de los Cedros." En el lecho del Río Blanco encontráronse con una cantidad notable de piedras blancas, muy livianas y de granos pequeños, parecidas á la piedra pómez. En la dirección de sus cabeceras, hacia el norte, Alfaro notó á lo lejos un cono de faldas despedazadas. Este cono que se ve también desde el San Carlos y allá se llama Cerro del Toro Amarillo, es el mismo que Otoyá subió más tarde y llamó Monte Cristo. El quinto día se siguió el Toro Amarillo hasta el punto en que recibe, por su ribera derecha, un río que baja del volcán de los Votos y que fué llamado Río Agrio por el sabor amargo de sus aguas. Cuando este río se junta con el Toro Amarillo, tiñe de amarillo las aguas y todo lo que contienen, y el río conserva este color, como hemos visto más arriba, hasta su desembocadura en el río Sarapiquí. El mismo día la expedición caminó adelante hasta llegar á una gran catarata cuyo ruido de trueno se percibe desde una distancia considerable. Después de la catarata, el río describe un gran circuito después del cual reanuda su curso con el rumbo original. Allí recibe otro pequeño río que viene de los Votos. Después de haber seguido el Toro Amarillo hasta el punto en que comienza á ser navegable, Miguel Alfaro y sus compañeros comenzaron el viaje de regreso, de manera que sólo un pequeño pedazo del río quedó sin reconocer. En dos días hicieron este regreso, sirviéndose del mismo camino por donde habían entrado, hasta la depresión entre los Votos y los Cerros de Poás. Otra vez más las guerras intestinas y las perturbaciones interiores reclamaron la atención del Gobierno hacia otro lado y este descubrimiento quedó casi del todo olvidado.

Exploración del Cerro de Poás por Francisco

Otoyá, 1856

En el año de 1859 en que el interés por el camino de San Carlos se había vuelto tan vivo, fué cuando Otoyá emprendió el descubrimiento de un camino directo entre sus terrenos y el valle de San Carlos, y lo buscó por el lado noroeste de los Cerros de Poás, mientras el camino conocido hasta entonces daba la vuelta por el lado suroeste de estos mismos cerros. José Gregorio Barrantes fué también guía de esta expedición. Desde la depresión conocida avanzó con rumbo al noroeste por la loma de una prolongación de la montaña que bajaba poco á poco y con regularidad, derecho al norte. A una distancia de cinco leguas de Grecia, encontró en esta loma un cono que trepó con dificultad y desde cuya cima el terreno bajaba otra vez con pendiente suave, pero que presentaba al lado gradas de 20 y hasta 30 piés de altura. Llegaron así nuestras gentes, poco á poco y siguiendo siempre la misma dirección, al valle de San Carlos, precisamente á la región situada entre sus afluentes Peje y Platanar. Desde allí se devolvieron por el camino ya conocido de San Carlos.

La prolongación aludida, por cuya loma habían caminado, presenta por su lado este pendientes pedregosas, cortadas muy verticalmente, al pié de las cuales se encuentra el valle de Toro Amarillo, mientras que al contrario la vertiente occidental tiene un descenso suave con valles en forma de hoyos. Al noroeste del cono citado de ascensión tan dificultosa hay una pequeña laguna, por cuya razón el lugar se denominó también Cerro de la Lagunilla. En los alrededores de esta laguna Otoyá encontró vestigios de un antiguo camino de nueve piés de anchura. Esta prueba de la presencia de habitantes anteriores es tanto más curiosa cuanto que Otoyá no encontró en toda la región más trazas de antigüedades indias. (1.) Durante todo el viaje el camino pasó constantemente por altas selvas vírgenes que son principalmente ricas en varias especies de palmeras que cambian con el clima del lugar. Otoyá dió por esto el nombre de Palmira á un punto situado á dos leguas de su hacienda donde había hecho construir un rancho, en medio de una magnífica y riquísima vegetación de palmeras.

Dos meses después emprendió una nueva expedición por el mismo camino hasta el Cerro de la Lagunilla, y, después de haber hecho la ascensión de este cono, caminó, con dirección al oeste y por un terreno llano, hasta llegar, el tercer día, á otro cono bastante alto al cual trepó y que llamó Monte Cristo. Esta es la misma montaña que Miguel Alfaro había dividido desde la embocadura del río Blanco y que se llama hoy día Cerro de Toro Amarillo. Es escarpado y pedregoso, tiene la forma de un pan de azúcar y es mucho más alto que el Cerro de la Lagunilla, con el cual comunica por un filo que forma la separación de las aguas entre el Toro Amarillo y el San Carlos. Desgraciadamente Otoyá tuvo que volver atrás por carecer de víveres y llegó á su hacienda por el mismo camino. El destierro ocurrido pocos días después del entonces Presidente J. R. Mora, permite abrigar el temor de que este descubrimiento tenga una suerte parecida al de Miguel Alfaro.

Expedición de Pío Alvarado del Río San

Carlos al Río Frio, 1856.

En este mismo año de 1856 en que la expedición de que hemos hablado bajaba el Río San Carlos por causa de la guerra contra Walker, Pío Alvarado recibió la misión de reconocer por tierra, desde el Muelle, el fuerte de San Carlos, todavía ocupado por los filibusteros, Pío Alvarado salió en diciembre con 19 compañeros de la boca del río Arenal y siguió constantemente la dirección de la brújula W. 22° N. (1.) Encontró los primeros tres cuartos de legua completamente ll-

(1.) En toda la vertiente meridional de la cordillera las trazas de antiguas poblaciones indias se encuentran muy diseminadas.

(2.) La declinación de la aguja imantada era entonces de unos 8° al este de la comarca recorrida.

nos y cubiertos con altas selvas, después el terreno ofreció el aspecto de colinas onduladas. Como á tres leguas y media de su punto de partida llegó á una llanura grande y hermosa, que se extiende principalmente hacia el Sur, hasta el pié de un precioso volcán sobre el cual von Bülow había llamado la atención en su informe. La llanura está cubierta con arbustos y hierbas que ofrecen un buen alimento para el ganado; los árboles no se encuentran en ella sino aislados y diseminados y por todas partes está regada por numerosos arroyos. Después de haber atravesado esta llanura, Pío llegó á un alto donde se encuentran los primeros ranchos de los indios Guatusos, que se extienden desde allí hasta el río Frio. Las casas acababan de ser abandonadas y estaban todavía provistas de algunos pocos utensilios. Encontráronse allí hachas de piedra, guacales y mechas de fibras de plátano, impregnadas con goma elástica, que sirven como candelas, además de algunas mazorcas de maíz y de cacao, el cual se cultiva frecuentemente allí. En la proximidad de los ranchos había también plantaciones de plátanos. No existían piedras de moler para la preparación de las tortillas. Cuando hubo pasado esta altura, que se extiende por el espacio de casi una legua, Pío encontró del otro lado otra llanura de 3 leguas y media de extensión. Allí también había habitaciones de indios diseminadas por todas partes. Los numerosos senderos de los indios presentaban un fenómeno notable, pues cruzaban todos el camino de Pío y se dirigían, como radios, hacia un punto que debía estar situado más al suroeste cerca del Río Frio. También se encontraron allí hoyos muy hábilmente dispuestos para coger animales salvajes. Estaban tan cuidadosamente cubiertos, que los peones cayeron dentro algunas veces. Además había en algunos puntos del camino especies de bancas donde los indios descargan probablemente los bultos que traen al hombro. Cerca del agua encontráronse aparatos destinados á la pesca, hechos de bejucos.

La llanura de que hablamos, se extiende hasta la desembocadura de río Frio en el San Juan y está toda cubierta con altas selvas vírgenes. Cuando Pío hubo llegado bastantemente cerca de la desembocadura para poder reconocer distintamente el fuerte que está situado en la ribera opuesta del río San Juan se volvió atrás con su gente.

El primer día se detuvo, como de costumbre, en un rancho abandonado de los indios para el almuerzo; pero como había mandado adelante á 12 de sus hombres, fué atacado repentinamente por una partida de indios. Como á la distancia de 15 pasos, oyóse un mugido salvaje, parecido al grito sordo del congo é inmediatamente cayó una verdadera lluvia de flechas. El ataque se hizo en forma de falange por unos 80 hombres, que parecían todos jóvenes y que tenían á su cabeza á un jefe que se distinguía por un adorno de plumas. Los demás no llevaban adornos en la cabeza y tenían largos cabellos negros. El color de la piel era amarillento, pero más claro de que acostumbramos encontrar en la generalidad de los indios. Algunos se habían pintado la mitad de la cara con achiote, lo mismo que ciertas partes del cuerpo que estaba enteramente desnudo, con excepción de las caderas. Las flechas tenían como dos varas de largo y estaban hechas de una caña con una punta de una especie de palmera, de madera muy dura (Pejiballe); tenían un gancho barbado, pero no estaban envenenadas.

Apenas se sintieron heridos por las flechas de los indios, dos de los más valientes compañeros de Pío, se arrojaron sobre ellos con sus cuchillos y mataron á algunos, haciendo huir á los demás. Esto permitió á Pío preparar su retirada con su gente, sin ser perseguido más por los indios. El temor de un segundo ataque dió á los de la expedición tanta velocidad que no pararon día y noche, lo que era bastante difícil, porque el mismo Pío estaba enfermo de calentura y los dos hombres que habían sido heridos por las flechas de los indios quedaron de tal manera, hasta el punto de tener que ser llevados. Los doce compañeros que Pío había mandado adelante, habían tenido que soportar un ataque parecido en la altura de que hemos hablado, pero se habían librado pronto de los indios, disparándoles algunos tiros.

Pío Alvarado había gastado 20 días en la ida y solamente 3 en la retirada. Estimó el camino en línea directa, desde

la desembocadura del río Arenal ⁽¹⁾ en el San Carlos hasta la boca del río Frio, en 8 leguas y media. Había terido que atravesar pequeños ríos sólo en muy pocos lugares, y durante todo el viaje había llovido casi diariamente, como sucede siempre en esta estación.

Reconocimiento de un camino desde Castillo Viejo hasta el Muelle de San Carlos por Pío Alvarado, febrero de 1857.

Un poco más tarde, cuando los costarricenses se habían ya apoderado del río San Juan y de los dos puntos fuertes situados en él, el Gobierno se preocupó mucho de entretener un pequeño tráfico con el Castillo Viejo. El mismo Pío Alvarado fué comisionado para buscar un camino; salió con este fin, en febrero de 1857, con 7 hombres de Castillo Viejo y llegó al muelle de San Carlos 16 días después. El primer día tuvo que subir por una pequeña altura que se encuentra muy cerca del Castillo; encontró en seguida una gran llanura, limitada al Este por las alturas de San Carlos. Después de haberla atravesado y haber pasado todavía algunas pequeñas colinas, quedó casi siempre á la misma altura del muelle de San Carlos. En todo el camino encontró una cantidad de pequeños ríos que corrían todos del SW. al NE., cruzando el camino. Todos tenían un lecho muy hondo, de manera que la bajada y la subida se hacían con dificultad. Casi á la mitad de este camino, que mide 18½ leguas en línea recta, Pío hizo una pequeña excursión por las alturas de San Carlos ya citadas más arriba, y en esta ocasión descubrió muchas trazas de minerales en esta cadena de montañas. Cerca del río San Carlos encontró muchos árboles de goma y cacao silvestre, mientras más al Norte, cerca del río San Juan, se veían muchos palos de copal. Por todas partes en el camino había huellas de cariblanco.

Por lo que se refiere á la oportunidad de este camino y al valor de los terrenos que atraviesa para el establecimiento de una ruta comercial, prefirióse todavía el que conduce al Fuerte San Carlos. Se reconoció que es más corto y que posee más terrenos llanos, que ofrecen más ventajas para la colonización. El camino del Castillo Viejo fué, sin duda, utilizado algunas veces después de su descubrimiento para cambiar la guarnición del Castillo. El Comandante de este fuerte llegó también en retirada en tres días hasta el Muelle, en noviembre de 1857, cuando fué atacado por Walker, sin estar en estado de hacer ninguna resistencia. Con la entrega á Nicaragua de las dos fortalezas situadas en el río, el Gobierno de Costa Rica perdió todo interés por ambos caminos, y desde este tiempo no han sido recorridos otra vez.

El Río Frio, que no difiere mucho de los demás ríos que se encuentran al norte de la cordillera volcánica por su tamaño y los recursos que ofrece á la navegación, es, sin embargo, completamente desconocido. No existen informaciones históricas sobre expediciones á este río, fuera de la citada de Pío Alvarado. Los misioneros españoles se esforzaron en vano por penetrar en el territorio de los indios Guatusos por el Sur y por encima de la cordillera; aquellos que quisieron entrar por la boca del río no obtuvieron mejor resultado. La constancia notable que esta pequeña tribu de indios ha mostrado siempre por apartarse firme y rigurosamente de cualquier trato con los europeos y las dificultades que presenta el acercarse á sus moradas, han permitido que, durante siglos, haya podido mantenerse con su estado de cultura primitiva en medio de una población civilizada.

He entrado adrede en bastantes detalles sobre la historia de los viajes de descubrimiento en esta parte desconocida de Costa Rica, para mostrar con qué grandes dificultades, peligros y privaciones, éllas se han efectuado. Los jefes de cada expedición han mostrado un valor no ordinario y una perseverancia rara, cosa que es tanto más notable cuanto que la recompensa material que debía ser su lote, era muy pequeña, de manera que el móvil de estas empresas tan atrevidas debe más bien buscarse en un patriotismo digno de los mayores elogios.

(1) Los nombres de los ríos Arenal y Peña Blanca se cambian á menudo uno por otro. La expedición de Pío Alvarado salió propiamente del Peña Blanca, esto es, del río situado más al Norte.

II

Descripción geográfica del territorio; su valor en la actualidad y en el porvenir

Continuamos ahora con una pequeña descripción geográfica, que comprenderá todo lo que se sabe hasta ahora sobre la comarca situada entre el río San Juan y la cordillera volcánica. Esta corre transversalmente por el país y comienza al Oeste con el volcán Orosí, muy cerca de la extremidad Suroeste del lago de Nicaragua; pero á medida que se dirige hacia el Este, se aleja siempre más del lago y del río San Juan, de manera que su extremidad oriental, constituida por el volcán de Turrialba, se encuentra muy lejos de la desembocadura del citado río. La región comprendida entre éste y la cordillera volcánica, tiene así la figura de un triángulo agudo. Se compone, en su mayor parte, de llanuras bajas y está recorrida por ríos, cuyo curso sigue casi siempre el rumbo del Sur al Norte.

En los terrenos llanos, cerca de la ribera del río San Juan é independientes de la cordillera volcánica, encuéntrase solamente dos grupos de montañas. El primero comprende los cerros de San Carlos, cadena de colinas de cerca de 600 piés de altura, que corre á lo largo de la orilla izquierda del San Carlos y lo acompaña hasta su desembocadura en el río San Juan. Estos cerros pueden considerarse como una prolongación de las montañas de Chontales, sitadas al Norte, que atraviesan el río San Juan y siguen extendiéndose por cierto espacio en la ribera opuesta. Otra montaña completamente aislada es el cerro de Tortuguero, cerca de la orilla del mar, entre las desembocaduras del Colorado y del Tortuguero. Esta montaña se alza directamente de la llanura, como á 100 pasos de la costa. Su vertiente dirigida hacia el mar, tiene un declive suave y por eso permite de hacer fácilmente la ascensión por este lado; pero al Oeste la pendiente es muy escarpada; la mayor altura es de 500 á 600 piés.

He llamado muchas veces en el curso de mi trabajo "cordillera" toda la serie de volcanes que se extienden desde el Orosí hasta el Turrialba, siguiendo en esto la manera de hablar usual, pues, en Costa Rica, tienen la creencia de que la serie de los volcanes es la propia cadena de los Andes, que se continúa al sureste hasta el volcán de Chiripó y todavía más al sur. Es solamente por casualidad que los volcanes de Costa Rica, que parecen colocados en una línea, tienen la apariencia de una cadena de montañas; más bien deben considerarse los cerros de San Carlos como una prolongación de las montañas de Chontales y todo el conjunto de las montañas situadas entre el Tenorio y el volcán de Poás, junto con el monte Aguacate, como una continuación de aquellas montañas que se extienden al norte, á lo largo del lago de Nicaragua, y consiguientemente como la cadena de los Andes interrumpida por el valle del río San Juan. Hay también otra línea que atraviesa el Guanacaste y Nicoya, y después se prolonga por la Herradura del otro lado del golfo, para juntarse como las anteriores con las cadenas de montañas de Candelaria, que debe considerarse también como una ramificación de la cadena de los Andes. Aquí, como en otras partes de América, la cadena de los Andes está caracterizada por su riqueza en minerales, sobre todo en oro, plata y cobre, mientras no se encuentra nada de esto en la masa pedregosa de los volcanes. La serie y disposición de los grupos montañosos situadas al sur de las montañas de Candelaria es todavía muy poco conocida. Pienso tratar en un próximo trabajo de las exploraciones de esta parte de Costa Rica cuando habrán llegado á dar resultados seguros. *

Los ríos y sus afluentes que bajan de la cumbre de la cordillera volcánica son muy numerosos y el volumen de las aguas que llevan al río San Juan es bastante importante, pero

esta riqueza de agua pasa por variaciones extraordinarias en ciertas épocas del año. En eso tenemos el inconveniente principal que se opone en alto grado á su navegación y aprovechamiento como vía de tráfico. Una subida y baja del agua de 18 á 20 piés en el espacio de 24 horas nada tienen de extraordinario y han sido observadas á menudo en el Sarapiquí y el San Carlos. *. Los volcanes de Orosí, la Vieja y Miravalles envían de su vertiente setentrional una cantidad de pequeños ríos que se vierten en el Lago de Nicaragua después de un curso corto por la proximidad de éste. Son los llamados río Niño, Sapotero, río de Hacienditas y río de Platanares.

Sólo más al este encontramos ríos de alguna extensión esto es, el Río Frío, el San Carlos, el Sarapiquí y el Tortuguero. El primero, ó sea el Río Frío, está formado por la reunión de dos brazos importantes de los cuales uno baja de la vertiente oriental del volcán de Miravalles, entre el Cuipilapa y el Tenorio, y el otro tiene sus cabeceras en la vertiente occidental de la prolongación ancha que se extiende hacia el norte desde las montañas de los guatusos. Describe un circuito en el valle situado entre esta loma y el volcán del Río Frío y, junto con el brazo citado, forma el Río Frío propiamente dicho que corre derecho al norte para desembocar en el río San Juan cerca de su salida del lago. Sólo su curso inferior es un poco conocido y navegable para botes. Es muy abundante en pescados y en sus orillas bajas y cubiertas por espesas selvas es donde se encuentran las habitaciones de los indios guatusos salvajes.

Conócese mucho mejor el río San Carlos que se compone de una cantidad de brazos y afluentes (Balsa, Tapesco, Jilguero, La Vieja, Platanar, Cooper y San Rafael). Estos bajan en parte de la vertiente situada al norte de San Ramón y en parte de la vertiente oeste de las prolongaciones setentrionales del Cerro de Poás. Inmediatamente después de haber recibido por el lado oeste el río Arenal, el San Carlos se vuelve navegable. Un poco más abajo recibe por el mismo lado otro río llamado Río Peña Blanca que, como el anterior, baja de la vertiente oriental de una prolongación del Cerro de los guatusos. Después de haber dado una cantidad de vueltas, siguiendo su rumbo general al noreste, el San Carlos se vierte en el San Juan. Poco antes de su desembocadura, recibe, por el lado derecho, el río Brujo ó río de los Tres Amigos, y en aquella misma embocadura forma una isla llamada Isla de Providencia.

Hasta ahora se conoce todavía muy poco el territorio situado entre el Río Frío y el San Carlos. Comprende una llanura hermosa y grande con poca pendiente hacia el río San Juan, recorrida solamente por pequeñas cadenas de colinas aplastadas. Está cubierta por espesos bosques; no obstante en algunos lugares se encuentra una vegetación menos densa. Estos puntos claros son potreros naturales para la cría del ganado y tanto más como sitios para haciendas de ganado cuanto se encuentran inmediatamente próximas á las situadas del otro lado del río San Juan. Allá, en efecto se encuentran las montañas de Chontales conocidas por su abundancia en ganado y de donde éste podría sacarse con facilidad. Todo el territorio está atravesado por pequeños ríos que desembocan en el Río San Juan, manando directamente hacia el norte. Como el terreno es más alto que las partes situadas más al este en la ribera derecha del San Juan, no se encuentran en él las lagunas y los pantanos corrompidos que hacen inhabitables y completamente intransitables grandes pedazos del país. Casi en ninguna otra parte de todo el territorio costarricense puede encontrarse una extensión de terreno tan llano.

El Sarapiquí nace en la vertiente setentrional del volcán de Barba y no muy lejos hállanse también las fuentes del río Puerto Viejo. Este desemboca en aquél por su lado derecho y casi en la mitad de su curso, en el punto en que el Sarapiquí comienza á volverse navegable para pequeñas embarcacio-

(*) Los informes publicados en éste y los últimos tomos de los Anales arrojan ya bastante luz sobre la región á que alude el Dr. Frantzius, principalmente en lo referente al valle del Diquís ó Río Grande de Térraba y demás ríos que desembocan en el Pacífico. Las actuales exploraciones del señor Pittier por el lado de Talamanca permitirán probablemente pronto la clasificación sistemática de los diferentes núcleos de montañas, conocidos hasta ahora con el nombre general de Cordillera de Talamanca. P. B.

(*) En el año de 1892, en el punto de la confluencia de los ríos Sarapiquí y Puerto Viejo,—como pude comprobarlo personalmente,—la creencia en una noche ha sido hasta de 10 metros y el examen de las riberas prueba hasta la evidencia que no se trata aquí de un hecho aislado sino repetido. En la misma estación seca, el Sarapiquí presenta frecuentemente en un sólo día una diferencia de 2 metros en la altura de sus aguas, de modo que la navegación más arriha del Muelle depende mucho del estado tan variable del río. P. B.

nes. Más arriba, el río principal recibe una gran cantidad de afluentes de menor importancia, que bajan de la vertiente este del volcán de Poás, del Cerro de Cariblanco y del Cerro del Congo y se precipitan en el Sarapiquí como ríos caudalosos después de corto curso. Son en su orden, después del río Paz, el Angel, el Cariblanco y el María Aguilar. Ellos constituyen el obstáculo principal para el trazado del camino de Sarapiquí, pues necesitan la construcción de puentes costosos, encima de su lecho pedregoso y hondo. Más abajo, cuando el Sarapiquí se ha vuelto ya navegable, recibe todavía por el mismo lado dos ríos, el Sardinal y el Tamborcito, ambos manando suavemente con poca corriente y formando hermosos esteros.

La cantidad de agua más importante que recibe el Sarapiquí le proviene del Toro Amarillo, que desemboca en él poco antes de su llegada al San Juan é igualmente por el lado izquierdo. El Toro Amarillo recibe sus afluentes sobre todo de las vertientes setentrionales del volcán de Poás y del Cerro de Cariblanco; entre estas montañas pasa el río Agrio, que sale de la vertiente norte del cráter del Poás y que se llama así por su agua amarga. El Toro Amarillo recibió su nombre por el color de sus aguas; describe un gran circuito en la mitad de su curso y poco antes forma una catarata importante.

Un poco más abajo que la desembocadura del Puerto Viejo, el Sarapiquí recibe, todavía por el lado derecho, un río importante llamado Río Sucio ó río San José. Este río tiene generalmente poca agua; sin embargo, después de fuertes aguaceros, aumenta bastante en volumen y lleva al Sarapiquí una agua turbia y lodosa que le ha valido el nombre de Río Sucio. (*) El Sucio baja de la vertiente setentrional del Irazú y sigue el rumbo del norte por bastante espacio. Por su ribera izquierda recibe un número considerable de pequeños afluentes que nacen en la hondonada del Chocó, en la vertiente setentrional del volcán de Barba, y en las prolongaciones de éste por el oriente, los cerros de Zurquí. Son los riachuelos Cascajal y Santa Rosa, que reunidos forman el Río Blanco, el cual recibe todavía el Río Salto antes de desembocar en el Sucio. Más abajo desembocan dos ríos que corren paralelamente, la Patria y el General, y aun después el río San José, que viene del volcán de Barba y describe un gran circuito hacia el este. Por su ribera oriental el San José recibe dos arroyos, el San Juan de Dios y el Río Claro, que bajan por las vertientes de los volcanes Irazú y Turalba.

Entre las desembocaduras del río San José y del Río General, citado antes, el Río Sucio se divide en una red formada de muchísimos brazos, los cuales se reúnen otra vez y entonces mandan un brazo hacia el este y otro hacia el oeste. El brazo occidental, que conserva el nombre de Río Sucio, es el afluente del río Sarapiquí de que hablamos más arriba. El otro brazo capital toma la dirección del este, con el nombre de río Tortuguero, y se vierte como río independiente en el océano Atlántico. Su desembocadura era ya conocida de los antiguos españoles que le daban el nombre de río Vásquez. Es un río importante que riega llanuras bajas y por esto se ensancha en muchos lugares como un brazo de mar. Actualmente tiene dos bocas que no se abren inmediatamente en el Océano, sino en una especie de golfo. Es cierto que tenemos aquí una confusión de palabras, pues el río Tortuguero es solamente la continuación del Sucio y las dos palabras designan un solo río, mientras el San José y el curso inferior del Sucio forman igualmente un río afluente del Sarapiquí, que recibe el nombre del último. Con esta formación de red fluvial, causada por el terreno llano y bajo, tenemos entre los dos sistemas de los ríos Sarapiquí y Tortuguero una *bifluencia* parecida á la de que la unión del río de las Amazonas con el Orinoco por el Río Negro y el Casiquiare nos ofrece un ejemplo grandioso.

La región situada entre el San Carlos y el Sarapiquí no ha sido explorada de una manera suficiente sino en los últimos tiempos. El valle del Toro Amarillo, lo mismo que sus prolongaciones hacia el norte, que tienen generalmente un declive suave, se continúan con llanuras y son ricas en maderas preciosas como el cedro y la caoba. Se prestan muy bien pa-

* Desde la abertura del camino á Carrillo, se conoce mucho mejor el Río Sucio y se sabe que la coloración de sus aguas no es accidental, ni debida al lodo, sino á la presencia de sales minerales disueltas en ellas. P. B.

ra la colonización, sobre todo porque el clima es allí muy sano por la situación alta de los terrenos. Sólo la parte setentrional entre el río de los Tres Amigos y el San Juan parece difícilmente transitable.

Un poco más arriba de la boca del Sarapiquí se encuentra la desembocadura en el San Juan de un pequeño arroyo que lleva en los mapas el nombre de río Colpachí. Este riachuelo pasa por una serie de lagunas que se llaman todas juntas Laguna de Manatí ó de Colpachí, y que no se conocían hasta nuestra época en que las descubrió un alemán, J. Diezmann, establecido desde cerca de 8 años en el Río San Juan. Las lagunas tienen una extensión hacia el oeste de 6 millas inglesas más ó menos; en tiempo de mucha agua tienen una profundidad de 5 hasta 20 piés y en medio hay una cantidad de pequeñas islas que se levantan de 20 hasta 30 piés sobre la superficie del agua. Se componen de arcilla colorada y están cubiertas por espesas selvas, que contienen muchos palos de copal y de cativo muy resinosos. Las aguas de la laguna contienen muchos peces, y entre ellos hay que mencionar una especie de *Lepidosteus*, llamado aquí *caspa*. En sus orillas lodosas se ven numerosos lagartos y manatíes que parecen encontrar aquí abundante alimento, pues las boñigas de este último herbívoro, así como sus esqueletos atestiguan por todas partes su presencia. Las aves acuáticas están representadas por un sin número de individuos en estas lagunas y consisten en patos, parras, garzas blancas y negras, pequeños somormujos y zarcetas, mientras se ven á menudo venados y chanchos en las malezas que bordean las orillas.

La gran variación de la altura de las aguas en el San Juan, variación que alcanza 18 y algunas veces 20 piés, produce también grandes fluctuaciones en la masa de las aguas de las lagunas, tanto que, en la estación seca, no están representadas por más que por pequeños y estrechos caños en conexión unos con otros. El río de los Tres Amigos ó río Brujo (así llamado porque engaña á los marineros por su ancha desembocadura y los hace penetrar en él en lugar de seguir el San Carlos aguas arriba) posee también riberas muy bajas y en la estación lluviosa se extiende de tal modo que toda la comarca parece un lago.

El gran pedazo de terreno que se extiende por un lado entre el Sarapiquí y el Océano Atlántico, y por el otro lado entre la cordillera volcánica y el San Juan, nos es poco conocido. En la vertiente setentrional del volcán de Barba encuéntrase espacios llanos, muy valiosos y muy á propósito para el cultivo, los cuales se conocen con el nombre de llanuras de Santa Clara. Pero la región situada al norte del Río Sucio y del Tortuguero es todavía completamente inexplorada. Sólo se sabe que también se compone de terrenos bajos y llanos, y que allí se encuentran lagos importantes, principalmente en la proximidad del Río Colorado. Se tiene algún conocimiento de la laguna que está al sur del Colorado y en conexión con él; lleva el nombre de Laguna de Zaimán (y no Caimán). Este nombre le ha sido dado por los indios mosquitos que visitan la laguna en ciertas épocas del año para coger tortugas. Más al oeste de esta laguna debe existir otra sobre cuyo desagüe y extensión no he podido saber nada hasta ahora.

A lo más conócese la propia orilla del mar, aunque muy superficialmente. Toda la costa desde el Cabo Gracias á Dios hasta Boca del Toro está caracterizada por sus esteros, que son producidos tanto por las corrientes marítimas como por los vientos del noreste y los ríos que vienen del interior del país y desembocan en el mar.

Concretándonos á la parte que nos interesa, encontramos, desde la desembocadura del Río Colorado hasta Matina, uno de estos esteros que forma una especie de canal navegable para las pequeñas embarcaciones y comunica con el mar por varios puntos. Estas comunicaciones están sujetas á grandes cambios; se cierran á veces en un lugar, á consecuencia de fuertes tempestades ó de las corrientes marítimas, mientras el estrecho dique exterior se rompe en otro punto. Este dique bañado por el mar sirve á menudo para el transporte del ganado, y los puntos en que está roto para la comunicación de la ensenada con el mar son tan poco hondos, según parece, que grandes partidas de ganado se han conducido desde los alrededores del Reventazón hasta el Río Colorado.

Las desembocaduras de los ríos en la ensenada parecen

también haber experimentado grandes cambios con el tiempo. El *Río Colorado*, cuya boca fué llamada *Boca Jiménez*, por los primeros españoles, ha tenido anteriormente un desagüe más meridional que se encuentra cerrado hoy día. El río Parismina, que baja por el lado este de la prolongación setentrional del volcán de Turiaba, tuvo igualmente su primera boca al norte de la del Reventazón. Pero su curso ha cambiado más tarde, y se vierte hoy día en este mismo Reventazón, más arriba de su desembocadura. De la antigua boca del Parismina no queda más que una pequeña ensenada de agua tranquila, en forma de canal.

El valle del Parismina encierra hermosos terrenos, propios para la agricultura. Allá se encuentran los vestigios de una antigua ciudad, de donde parece que se han sacado obras de escultura medio españolas y medio indias.

El clima de la parte del país de que nos ocupamos tiene, naturalmente, en virtud de su situación geográfica, el carácter de todos los climas de los trópicos; con todo los calores excesivos van disminuyendo al mismo tiempo que el terreno se levanta sucesivamente hacia la cordillera volcánica, de manera que encontramos todas las graduaciones posibles de temperatura. De allí proviene que los terrenos situados en la zona más alta, esto es los que comprenden las últimas pendientes de la cordillera volcánica, tienen un clima tan sano como agradable.

La relación entre la estación seca y la lluviosa es semejante á la que se observa en la vertiente sur de la cordillera, con la diferencia de que la estación seca, que comienza del lado meridional á mediados de noviembre para durar hasta mediados de abril casi sin interrupción, está restringida, en la vertiente setentrional, á los meses de febrero, marzo y abril. Los meses de noviembre, diciembre y parte de enero están señalados por lluvias continuas, llamadas temporales, mientras el verano reina ya completamente por el lado sur. * En estos meses los monzones del noreste empujan las nubes, cargadas con la humedad del Océano Atlántico, contra la cordillera, donde se amontonan y se condensan en lluvias continuas. Una parte de esta humedad sin embargo, después de haber sido llevada por encima de las cumbres de la cordillera volcánica hacia el sur, se disuelve pronto en lluvia muy fina, que no llega sino raras veces hasta la meseta central, donde se llama *garuas ó navidades*, cuando dura bastante tiempo.

La verdadera estación de las lluvias, desde mayo hasta octubre, reviste los mismos caracteres por ambos lados de la cordillera. El día comienza con una preciosa mañana despejada; como á mediodía se amontonan rápidamente espesas nubes de tempestad y, por la tarde, de la una á las dos, comienza un fuerte aguacero con violentos truenos. A las 5 ó 6 ha casi siempre dejado de llover y siguen una bonita tarde y una hermosa noche. Los aguaceros tienen generalmente, en los meses de julio y agosto, pequeñas interrupciones de dos ó tres semanas que se llaman *veranillos*.

Los aguaceros comienzan generalmente con los vientos del noroeste, mientras el viento del noreste trae el buen tiempo.

Hacia el oeste, cerca del lago de Nicaragua, llueve más fuerte y más continuamente; los Cerros de los Guatusos y los alrededores del volcán de Orosí, que se encuentran raras veces sin nubes, son particularmente mal vistos bajo este concepto.

Hay poco que decir de los habitantes de la zona de terreno que acabamos de describir. En el camino de Sarapiquí hay actualmente media docena de colonias. En las llanuras de Santa Clara han vivido de tiempo en tiempo algunos individuos, pero ningún colono se ha establecido allí definitivamente. Lo mismo ha sucedido desgraciadamente en el valle de San Carlos. Las colonias emprendidas desde el año de

* No pueden compararse las estaciones de ambas vertientes de la cordillera. En la región setentrional, la verdad es que llueve casi perpetuamente y que difícilmente hay una semana entera de buen tiempo, aun en los meses más secos como febrero, marzo y abril. Este estado de la atmósfera es un obstáculo serio para la colonización, pues impide los desmontes rápidos, siendo muy difíciles las quemas, y, á menudo, hace que se pierdan las cosechas de arroz, frijoles y maíz, base de la alimentación. Con todo ha podido ya notarse en ciertas partes del camino del Sarapiquí, donde se han hecho grandes desmontes, que llueve menos desde hace algunos años. En 1893 he podido constatar en Puerto Viejo, del 15 de enero al 15 de febrero inclusive, 16 días de buen tiempo y 16 de lluvia. P. B.

1850 están abandonadas otra vez, excepto dos ó tres. En la ribera derecha del río San Juan, entre la desembocadura del Sarapiquí y la separación del Río Colorado, no se encuentra tampoco todavía ninguna colonia. *

Como poblaciones indígenas no podemos tomar en consideración más que unas familias dispersas de Mosquitos en la costa del Mar Caribe y la pequeña tribu de los indios guatusos. La circunstancia de que el grupo de indios que la expedición de Pío Alvarado encontró se componía sólo de jóvenes, permite deducir que toda la tribu comprende á lo menos 500 ó 600 cabezas. El color claro de estos indios ha dado origen en Costa Rica á la creencia de que descendían de los Europeos establecidos en Esparta en el siglo XVII, los cuales, después de la destrucción de su aldea por los filibusteros, se hubiesen retirado hacia el Río Frío y hubieran degenerado poco á poco hasta el último grado de cultura en que se encuentran hoy día. Un tal hecho sería único en la historia y esta opinión es, por consiguiente, completamente inadmisiblemente. Puede, sin embargo, preguntarse uno á cuál de las tribus indias existiendo anteriormente pertenecían los Guatusos, y no se puede contestar de una manera completa á esta pregunta por el poco conocimiento que tenemos hasta hoy de aquellos indios. Hay primero que dilucidar el punto de si esta tribu es un resto de las que existían antes en el Guanacaste, v. g. de los Chorotegas bastante civilizados, ó si pertenecía á los rudos indios Chontales, que vivían en otro tiempo al norte del lago de Nicaragua, ó si, en fin, formaba parte de la gran tribu de los Caribes que anteriormente, y en parte hoy día todavía, poblaba toda la región meridional de Costa Rica. No será muy fácil contestar esta pregunta, pues es solamente por medios pacíficos que se llegará á aprender su idioma y talvez á conocer sus tradiciones. La animosidad de estos indios contra los europeos, observada con tanta constancia desde siglos, y su aislamiento absoluto no nos autoriza á abrigar la esperanza de que puedan establecerse fácilmente relaciones con esta tribu. * (2)

Después de haber, en la primera parte de mi trabajo indicado de que modo una parte de Costa Rica desconocida antes, vino á descubrirse poco á poco, y mostrado hasta donde alcanzan nuestros conocimientos sobre ella, me queda todavía

* Las colonias, sin ser numerosas todavía, han aumentado sin embargo bastante. En el camino del Sarapiquí, las aldeas de San Miguel, la Virgen y Chilamate cuentan cada una con un número de ranchos que va siempre aumentando, y en otros puntos del camino se hacen desmontes y se construyen casas. Las llanuras de Santa Clara, tan adecuadas para el cultivo de los bananos, están hoy día cubiertas por numerosas haciendas, y sólo la insalubridad del clima se opone al aumento de la población. El valle del San Carlos está todavía por poblarse, pero ha llamado ya varias veces la atención de los capitalistas deseosos de emprender grandes explotaciones agrícolas, por su feracidad y las ventajas que ofrece el río para la exportación de los productos. En la propia desembocadura del Río Colorado, en fin, se ha fundado, en estos últimos años, una colonia para los efectos del resguardo. En la costa del Atlántico, los colonos pertenecen generalmente á la raza negra que resiste mejor el clima mortífero; en los otros puntos hay, mezclados con los costarricenses, cierto número de nicaragüenses, generalmente huleros. P. B.

* Repetimos que merced al empeño del Señor Obispo de Costa Rica, Dr. don B. A. Thiel, hasta el idioma de los Guatusos—que van extinguiéndose poco á poco—nos es conocido, y enviamos de nuevo al lector á los informes publicados por don León Fernández en los "Documentos." P. B.

2 Don José F. Peralta nos ha comunicado la siguiente nota.

A mediados del siglo pasado, un jesuita misionero, conocido con el nombre de Padre Zepeda, hizo una misión en territorio de los *guatusos* y cuenta que vió algunos ejemplares de *indios rubios*. La creencia de que fueran todos rubios hizo que se les denominara con el nombre de "guatusos", probablemente derivado de "guatusa", animal de pelos colorados. Por otra parte se ha comprobado que el tipo de esos indios, por lo general, no difiere del de los otros indios de Costa Rica. Dice Bancroft que cuando el célebre pirata inglés Francisco Drake pasó por Caldera, varios de sus marineros, disgustados con el duro trato del corsario, se fugaron y huyeron hacia el lago de Nicaragua, ocultándose de las miradas de los españoles. Es más probable que estos se mezclaran con los indios guatusos y que de ahí resultaran los tipos rubios que tanto han llamado la atención. No parece tan admisible la mezcla con los españoles, pues á éstos huían; y es bien sabido que todos los indios de la región de Barba, San Miguel etc., conocidos con el nombre de Votos y que formaban una gran tribu, se internaron hacia las montañas en dirección á la zona en que más tarde se fijaron los que hoy conocemos con el nombre de "guatusos". P. B.

que apuntar en pocas líneas el valor que esta región tiene para el país entero.

Ante todo se presenta la pregunta siguiente: ¿Cuál provecho ha sabido sacar Costa Rica hasta ahora de esta parte de su territorio? Desgraciadamente los resultados son de poco significado, lo que debe extrañarnos tanto más cuanto en tiempo de la fundación de la compañía por acciones del Sarapiquí, se hicieron poderosos esfuerzos para abrir una ruta comercial hacia aquel lado, porque se comprendía muy bien entonces la importancia de esta empresa. Sin embargo se ha dejado caer muy pronto la obra empezada y desde entonces, con inexplicable negligencia, todos se han apartado como adrede de ventajas ya reconocidas.

Como el camino del Sarapiquí es el único que pueda utilizarse al norte para el comercio, no hablaremos aquí de otro. Este camino no ha sido utilizable sino para mulas y cargadores, y se comprende que el tráfico de mercaderías ha tenido que ser muy restringido. No se han introducido, pues, por este camino sino objetos de gran valor, como géneros de seda y otros artículos de moda y de lujo. La exportación no se ha hecho casi nunca por ese lado. Los gastos de carga eran enormes; las mercaderías debían ser empaquetadas en pequeños bultos de 100 á 150 libras; el transporte fluvial en botes pequeños era muy peligroso y toda la expedición de las mercaderías muy minuciosa y detallada. Fué, pues, muy natural que el tráfico por el Sarapiquí decayera casi del todo, inmediatamente que quedó establecida una comunicación por vapores entre Puntarenas y Panamá.

El resumen siguiente de los derechos percibidos anualmente por mercaderías introducidas por el Sarapiquí demuestra claramente que, en el último año, el comercio, antes floreciente, casi completamente desapareció.

Año de 1851	\$ 2731.53	1856	\$ 4009.74
1852	7047.69 ³ / ₄	1857	871.01 ³ / ₄
1853	4221.27 ³ / ₄	1858	—————
1854	9133.51 ¹ / ₄	1859	—————
1855	3321.47 ¹ / ₄		

Aun tomando en consideración el hecho de que el camino del Sarapiquí se utiliza para el comercio de contrabando, principalmente para la introducción en fraude del tabaco y de la pólvora, tenemos, sin embargo, que el tráfico entero queda sumamente insignificante.

Hasta el movimiento de personas, que al principio tenía bastante importancia, se dirige hoy casi completamente hacia la línea de Panamá desde su establecimiento, de manera que, hoy por hoy, es una excepción si un pasajero escoge la ruta del Sarapiquí.

Una importancia que no se le podía desconocer al camino del Sarapiquí desde muchos años, consistía en el despacho de la correspondencia. Pero en esto también la línea de Panamá ha entrado en competencia, tanto que ahora el correo de Europa no se recibe más, como antes, por Greytown y el camino del Sarapiquí, sino por Colón, Panamá y Puntarenas.

Si Costa Rica, quitando sus funestos monopolios y otorgando ventajas terminantes, hubiera pensado, como otros países lo han hecho, en atraer á numerosos inmigrantes, entonces el camino del Sarapiquí hubiera servido como el más á propósito para la introducción de los inmigrantes en el país. Así han llegado alguna que otra vez, inmigrantes traídos por sociedades privadas. Sólo en este caso era difícil á la línea de Panamá el hacer competencia al camino del Sarapiquí, pues el pasaje en aquella línea es demasiado elevado para emigrantes sin recursos.

Ciertamente, deseamos que Costa Rica, cuya población es esencialmente agrícola, sepa sacar una renta importante de la producción del suelo, con tierras magníficas y tan especialmente adecuadas para la agricultura. * Esto lo decimos recordando que el Gobierno, el primer año después del descu-

brimiento de la nueva parte de Costa Rica, trató, por medio de premios, de dirigir á ella á la parte agrícola de la población, por cuya razón deberíamos encontrar con toda justicia, después de 30 años, á lo menos algunos pequeños pueblos y plantaciones extensas de caña de azúcar y de cacao. Pero desgraciadamente las buscaríamos en vano. He mencionado más arriba la ruina completa de la hermosa plantación francesa de caña de azúcar, después de una existencia de 9 años. Sucedió lo mismo con una finca vecina y otras dos en ambos lados á la desembocadura del Sarapiquí. La hacienda de Cariblanco y una, cerca de San Miguel, han sido también abandonadas á su destino. Por el momento no encontramos, pues, y sólo entre San Miguel y el Muelle, más que 8 á 10 plantaciones de cacao de las cuales la mayor parte no han dado casi ningún producto hasta ahora, por ser establecidas desde poco tiempo. * Del establecimiento mentado en el Río Sucio no quedaron, después de la caída completa de los edificios, otros vestigios que rebaños de ganado cimarrón. En la región del río San Carlos se han emprendido varios cultivos de cacao, pero se han suspendido los trabajos comenzados en la mayor parte de las plantaciones. Además, no se puede todavía hablar de un rendimiento de los establecimientos allá situados por ser muy nuevos. Vemos con pena que, tanto en empresas agrícolas como en la construcción de caminos, se han gastado y perdido grandes capitales, y no se ha sacado de ellos sino una renta que no está en relación con su monto.

Desde el punto de vista estratégico, las dos vías de comunicación con el río San Juan, tanto la del Sarapiquí como la de San Carlos, han alcanzado en los últimos años una importancia que no se presentía antes. Cuando Walker penetró en el Guanacaste, en el año de 1856, los costarricenses se empeñaron en ocupar el río San Juan por los dos ríos citados, con el objeto de cortar la retirada de los filibusteros hacia Greytown. Una tentativa que se emprendió desde el Sarapiquí, en el mes de abril, con un puñado de gente, resultó muy feliz. Costa Rica fué más dichosa todavía más tarde, cuando envió, en noviembre, una tropa más numerosa aguas abajo del San Carlos, pues ésta logró apoderarse de los vaporcitos de Walker, golpe que fué decisivo para la fortuna ulterior del invasor; pues, separado de este modo de sus medios de transporte y encerrado en Rivas, no pudo juntarse con las tropas auxiliares que habían sido enviadas de Greytown para libertarlo. Como hemos visto, Costa Rica no tuvo sino por poco tiempo el gusto de verse en posesión del río San Juan y de sus fortalezas. Cuando se hubo comprometido á devolver éstas últimas á Nicaragua, cesaron también las relaciones que había entretenido con bastante empeño durante la ocupación de estos dos puntos importantes.

Preguntamos ahora: ¿Cuáles son las ventajas efectivas que ofrecen las llanuras del río San Juan pertenecientes á Costa Rica? Desde el punto de vista económico, este país no se encuentra hoy día de ninguna manera en un estado sano de desarrollo natural; vegeta más bien, desde una serie de años, bajo el peso de cadenas que no son naturales, parecido á una planta que se arrastra sin fuerza juvenil. Comprendió muy bien, en otro tiempo, que la abertura de un camino y de un tráfico comercial directo hacia el océano Atlántico era la necesidad más apremiante para el desarrollo completo y el progreso material del país, y, sin embargo, no ha tenido suficiente fuerza y bastante energía moral para llevar á cabo la empresa, una vez comenzada. * El resultado de esto ha sido que Costa Rica se ha restringido á su producción del café y, para obtener un resultado completo, ha tenido que cortarse á sí misma dos de las más valiosas raíces de su existencia, manteniendo firmemente los funestos monopolios del tabaco y del

* He hablado antes de estas plantaciones del camino del Sarapiquí, arruinadas muchas de ellas, pero no hasta el punto de no producir nada. Dije también que se formaban nuevos plantíos en la parte inferior, donde prospera mejor el precioso fruto que en San Miguel p. ej., donde ya se produce sin embargo. P. B.

* Ahora sería preciso que estas mismas tierras, casi todas *denunciadas*, fuesen *cultivadas* en realidad para que el país pudiera sacar alguna renta de ellas. Los denuncios exagerados son hoy día el impedimento más serio para el desarrollo de la iniciativa privada. Tampoco el Gobierno podría premiar á los colonos con la cesión de terrenos baldíos, puesto que no los hay sino en puntos que nadie piensa en ocupar por muy buenas razones. P. B.

* Todas las críticas del Dr. Frantzius se desvanecen desde el momento en que Costa Rica posee hoy día su vía de tráfico comercial directa hacia el Atlántico con el ferrocarril á Limón. Y aquí no será por demás insistir sobre el agradecimiento que deben los costarricenses á los hombres—gobernantes ó ejecutores de la obra—que han tenido suficiente *energía moral para llevar á cabo la empresa una vez comenzada*. P. B.

aguardiente. Esto á su vez ha tenido por consecuencia que los inmigrantes extranjeros no han tenido ninguna inclinación hacia un país cuyo acceso implicaba el riesgo de la vida y no era posible sino con grandes gastos, y donde, en fin, el obrero extranjero, sin recursos, debía rivalizar con el jornalero indígena, en condiciones muy desfavorables, pues no le era permitido cultivar los productos más remuneradores y lucrativos de los trópicos, el tabaco y la caña de azúcar. * Costa Rica no puede, pues, pensar nunca, para adquirir brazos—necesidad muy apremiante— en valerse de la inmigración, mientras no se haya abierto una entrada por la construcción de un camino al océano Atlántico, y mientras no se asegure la existencia material de los inmigrantes con la supresión de los monopolios. Ahora, cuando Costa Rica haga un día un nuevo esfuerzo y emprenda otra vez la construcción del camino hacia el Atlántico, entonces, podrá uno preguntarse si los gastos necesarios para esto no superan á los recursos del país y si no hay otro medio de darle una nueva fuerza de existencia.

Después de estas consideraciones preliminares, volvamos ahora nuestras miradas hacia la ribera inhabitada del San Juan. Encontramos inmediatamente que la naturaleza reunió allá en conjunto todas las ventajas posibles y que puede extrañarnos el hecho de que un segundo Costa Rica no se haya formado en este punto desde mucho tiempo.

La gran importancia para el comercio del mundo que ha alcanzado el ferrocarril á través del istmo de Panamá, provocará seguramente empresas análogas en otros puntos adecuados, y por cierto la apertura del paso por Tehuantepec no será la última tentativa de este género. Pero, entre todos los demás puntos, el río San Juan tiene los mayores derechos, porque por él se ha establecido ya, en otros tiempos, una línea de tránsito y, mientras subsistió, tuvo brillante éxito. Ahora puede ser un canal para buques, un ferrocarril ú otro medio de tráfico, el llamado á establecer la comunicación entre los dos océanos—y esperamos que no se dejará esperar mucho tiempo— siempre queda la línea de tránsito que ha de abrirse por el San Juan, la primera condición y la más esencial para la prosperidad y ensanche del territorio de Costa Rica situado en este río. En primer lugar Greytown es un puerto frecuentado; después son ciertamente pocas las regiones que ofrecen tantas ventajas para los productores como las riberas del San Juan. Encontramos allí un clima sano donde el colono puede elegir la temperatura que mejor le conviene, ya en la misma llanura, ya en las diferentes alturas de la vertiente de las montañas. * El país está recorrido á pequeñas distancias por ríos navegables que, por medio de pequeños botes, permiten una comunicación fácil y rápida con el San Juan, y, lo que más importancia tiene, los emigrantes pueden llegar allí de un modo tan fácil y barato como á todos los demás puntos situados en la costa del océano Atlántico. El suelo se presta para el cultivo de todos los productos de los trópicos, principalmente del tabaco, de la caña, del índigo y del cacao. El algodón se produce también de calidad excelente y algunos pedazos aislados parecen creados especialmente para la cría del ganado. Igualmente pueden cultivarse con buen éxito los productos tropicales que vienen en segunda línea, como el arrow-root, el tapioca, el orleán, la vainilla, la zarzaparrilla etc. Pero es preciso que todos estos productos puedan ser cultivados en grande y exportados fácilmente. En efecto el cultivo de los artículos citados queda imposible para la exportación

* El monopolio del tabaco á lo menos debería quitarse, y el cultivo de este valioso producto permitirse en todo el territorio, pues la renta que suministra la venta por el Gobierno no es muy considerable. El permiso de libre cultivo en ciertas zonas, otorgado en estos últimos años, es ya un paso en este sentido, pero talvez no se han escogido las partes más favorables para el cultivo de la planta. P. B.

* Estamos muy de acuerdo con el Dr. Frantzius sobre la gran importancia que presentan los terrenos de la región setentrional, pero no en cuanto á la salubridad de los mismos. No hay que engañar al colono: el clima no es, ni puede ser sano en las regiones bajas, siempre pantanosas, y los establecimientos en la vertiente de las montañas presentan la gran desventaja de encontrarse á mucha distancia de la parte navegable de los ríos que han de ser por mucho tiempo el mejor camino para la exportación. Apuntemos también aquí que Costa Rica no sería la favorecida por este comercio de exportación sino Greytown, mientras no tenga nuestra república un puerto en el Atlántico más al norte de Limón, ó no se haya construído el ferrocarril al norte, llamado éste sí á dar un valor inmenso á las llanuras de la orilla derecha del San Juan. P. B.

por el lado sur de la cordillera volcánica, pues esta región no puede competir con las otras situadas en el océano Atlántico por causa del costoso flete por el Cabo de Hornos ó por Panamá. El interior de Costa Rica tendrá así que renunciar á exportar sus productos tropicales mientras no se haya construído un camino directo al Atlántico.

¿Qué debe hacer ahora Costa Rica para explotar las ventajas de que hemos hablado en pro de los intereses de todo el país?

Es claro que un país, fuera el más hermoso de la tierra, no tiene ningún valor mientras no esté poblado y no se puedan sacar de su suelo las riquezas que allí duermen; que se piense sólo en la California. Costa Rica tiene ante todo que interesarse por poblar aquella parte de su territorio que todavía está hoy casi sin habitantes. No puede hacer esto con sus propias fuerzas, sino únicamente atrayendo inmigrantes extranjeros. La escasa población del país no solamente ha sido diezmada por la guerra contra los filibusteros y la epidemia del cólera que la siguió, sino que los reglamentos demasiado severos y el hecho de que se ha querido inútil, y despóticamente obligar á todos los hombres al servicio militar, han dado como resultado que muchas familias, en los últimos años han determinado retirarse á las partes montañosas más apartadas del país para escaparse de este yugo. De este modo es como se han fundado, desde la última guerra, una cantidad de nuevos centros de población, principalmente en las montañas de Candelaria, centros que estaban como perdidos para el país entero por su situación lejana. * Costa Rica puede, pues, pensar también en mandar algunas familias, tomadas de en medio de su propia población, á los terrenos situados del otro lado de la cordillera volcánica, cuando esta población se habrá reforzado con la introducción de inmigrantes extranjeros. ** Naturalmente hay que hacer, por otro lado, todos los esfuerzos posibles para impedir que la población disminuya todavía, como ha sucedido anteriormente. Este es para el Gobierno un punto que no ha tomado bastante á pecho y que más bien ha abandonado demasiado, pues si sucediera que numerosos inmigrantes extranjeros formaran colonias en el Río Sucio, el Sarapiquí y el San Carlos, no podría el Gobierno conservar su influencia sobre ellos sino con el establecimiento de hijos del país en su medio. Deben pues, ante todo, estar abiertos los pasos de la cordillera para el tráfico y no se trata más ahora, como lo creen á menudo todavía personas de corta vista, de tener sólo un camino al norte, es preciso poder llegar de San José al Río Sucio por el camino más corto, esto es por La Palma, lo mismo de Heredia á Santa Clara, de Alajuela al Sarapiquí, de Grecia al Toro Amarillo y del Poás y de San Ramón al valle de San Carlos, y sería talvez conveniente que la conexión propuesta por *Diego Palacios* entre el Guanacaste y el valle del Río Frio estuviese llevada á cabo. Estos caminos deben ser establecidos y conservados por las localidades limítrofes que tienen interés en ellos, sin gastos especiales por parte del Estado, como es el caso con todas las demás vías de comunicación del interior. * Cartago también no estará seguramente más impedida por los celos de las otras ciudades

* Si fuera esto verdadero y pudiera figurar como factor importante para explicar la escasez de población de Costa Rica, vendría precisamente en contra de la tesis que sostiene el Dr. Frantzius. Fundándose centros de población en lugares apartados, se vuelven naturalmente el núcleo de la colonización completa de la región en que están colocados, y como tienen forzosamente que conservar relaciones—por escasas que sean—con los puntos habitados anteriormente y de donde provienen, el país no pierde absolutamente nada. P. B.

** La cuestión de inmigración extranjera é introducción de nuevos elementos en la población costarricense es muy compleja, y, por interesante que sea, no podemos tratarla aquí. Recordaremos simplemente que todos los ensayos de colonización y traída de extranjeros han fracasado hasta ahora, no porque no se prestara el país para ellos, sino porque *empresas particulares y negocios privados en materia de inmigración son la ruina de ésta, y sólo la iniciativa y protección decidida y desinteresada del Gobierno pueden hacerla producir los resultados benéficos que se esperan de ella, en países donde faltan brazos para la explotación de las riquezas naturales*. P. B.

* El Dr. Frantzius no ha pensado en el importe de los gastos necesarios para la conservación siquiera de estos caminos, dejando aparte la cuestión de su establecimiento. Siempre el Gobierno tendrá que ayudar á las localidades muy distantes una de la otra y casi todas muy pobres, cuando se tratará de caminos tan largos y costosos. P. B.

hermanas de construir un camino hacia Matina, Moín ó Limón.

La cuestión ardiente ¿Dónde debe construirse el camino al norte? debe sobre todo desaparecer completamente. Para el interior del país no puede haber más que un camino al Atlántico, v. g. el que pasa por Cartago; el territorio situado más allá de la cordillera volcánica tiene ya su camino natural por el mismo río San Juan. Cuando, por escasez de vista, no se ha encontrado otra ventaja á la región situada en el río San Juan que la de prestarse al establecimiento de un camino del interior del país á Greytown, por encima de la cordillera, y se ha disputado frecuentemente sobre cuál de los diferentes caminos merecía la preferencia sobre los demás, naturalmente, no sin hacer intervenir en esto intereses privados, fué siempre con la idea extraviada de que Costa Rica se limitaría, aun ulteriormente, á la producción de su café, y que toda la cantidad destinada á la exportación podría ser trasportada á Greytown por las embarcaciones del río. Así se podía muy bien pensar que los inconvenientes que resultaban de la carga y descarga forzosa de las mercaderías y de los peligros de la navegación fluvial superaban considerablemente las ventajas que procuraba lo corto del camino. Para el tráfico de las mercaderías no se prestan sino caminos que conduzcan directamente á un puerto donde los buques lleguen, como es el caso ahora con el camino de Puntarenas y como lo será tal vez un día más tarde con una ruta á un puerto del océano Atlántico. Pero Costa Rica estaría muy equivocada pensando que se trata solamente de saber si quiere aprovechar ó no la ocasión favorable que se ofrece aquí. Para esta república es ya ahora una cuestión de existencia y de apremiante necesidad esa de ver habitada por sus propios hijos el pedazo de territorio que ha dejado abandonado hasta ahora y á cuya posesión de hecho está vinculado el porvenir del país. Si no afirma esta posesión, corre el peligro no solamente de perder la más hermosa parte de su territorio, pero todavía de ver hundirse su propia independencia.

No se puede poner en tela de juicio que, después de la apertura de una vía de tránsito, los colonos acudan en tropel. Es tanto el interés de los primeros colonos como el de aquella

nación que se halla en posesión del tránsito. Una vez que algunos miles de colonos se hayan juntado allá, no faltarán conflictos con el Gobierno del país, ó á lo menos éste tendrá algunas dificultades con la prohibición del cultivo del tabaco y de la caña de azúcar. Como la experiencia lo ha probado, los colonos de poderosas naciones extranjeras están siempre protegidos por sus Gobiernos y este sería seguramente el caso aquí.

Estallando una vez un desacuerdo y volviéndose hostiles las relaciones entre la población extranjera y los costarricenses, no faltarán conflictos ulteriores, hasta que la colonia recientemente establecida se declare un día independiente de Costa Rica. Si se llegara hasta eso, Costa Rica hubiera también perdido su propia independencia, pues sus principales vías de comunicación se encontrarían en manos de un vecino enemigo, que se encontraría con el derecho de exigir favores de Costa Rica y estaría en situación de causarle daños, hasta que pasara enteramente á sus manos. Desgraciadamente no se puede prever si Costa Rica sabrá oponerse al peligro señalado. El porvenir nos dirá también si hay que considerar este desenlace como una desgracia para el país. Ciertamente, el costarricense lo mirará como tal, aunque olvidando que los españoles, cuando se enseñorearon del mismo país, fundaron sus pretendidos derechos sobre el hecho de que habían encontrado las nuevas tierras descubiertas en posesión de los indios que no sabían sacar de ellas ninguna utilidad, y, según ellos, esto de sacar utilidad constituía una obligación formal para el poseedor. *

* El porvenir no ha realizado por suerte las previsiones demasiado negras del autor. Con todo creemos que, hoy todavía, no debe desoírse del todo su voz de alarma. Si no exactamente en la forma como lo pinta el Dr. Frantzius, el peligro existe para todos los países hispano americanos, no tanto por la inercia y despreocupación de la raza latina, como por la avidez insaciable y el egoísmo de la sajona que, seguramente, ha de triunfar en esta lucha por la existencia, lo mismo que los indígenas han desaparecido ó van desapareciendo al contacto de los Españoles. P. B.